

JOSÉ M^a CHAFORRO MARTÍNEZ

ESTUDIO DE ALGUNOS SUIJOS DEL ESPAÑOL.
ASPECTOS FORMALES Y SEMÁNTICOS.

Tesis doctoral realizada bajo la
dirección del Prof. Dr. D. José An-
drés de Molina Redondo, Catedrático
de "Gramática General y Crítica Li-
teraria" de la Facultad de Filosofía
y Letras de la Universidad de Grana-
da.

INTRODUCCIÓN

1. LA PALABRA

La historia de la lingüística occidental ha girado durante cientos de años sobre el concepto de palabra. Sin embargo, esa monolítica noción sobre la que se asentaba todo el conocimiento lingüístico tradicional comenzó a resquebrajarse ante la duda científica a que otros descubrimientos lingüísticos condujeron.

El conocimiento de la gramática hindú, con el análisis de unidades diferentes a las estudiadas por la gramática tradicional, y las posteriores investigaciones de la Lingüística Comparada pusieron fin al largo reinado conceptual de la palabra como elemento y unidad básica de la gramática. Tendencias lingüísticas posteriores llevaron a nuevas y diferentes nociones sobre qué es en realidad la palabra, o mejor, qué se entiende por ello. Aun hoy, tras muchos siglos de investigación lingüística, se está lejos de conseguir una definición que satisfaga plenamente. Las páginas siguientes nos harán conocer el concepto que de la palabra han tenido los diferentes pueblos y culturas desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días.

Grecia

Los pensadores griegos dedicaron su esfuerzo al estudio de las diferentes ramas del saber: astronomía, física, lógica, matemática, etc., que se encontraban englobadas dentro de lo que ellos consideraban la ciencia por antonomasia: la filosofía. Su preocupación por lo que otros pueblos juzgaban como normal, su curiosidad por todo lo lleva a indagar las causas últimas de los fenómenos y hallar una explicación lógica a todo problema por arduo que se presentara.

Uno de los problemas fue conocer el origen del lenguaje humano. Y se centran en él porque "la reflexión sobre el lenguaje es contemporánea de la historia de la humanidad: sus huellas aparecen en los primeros documentos de que disponemos. No podría ser de otro modo: la escritura, que ha conservado esos textos, se basa necesariamente en un análisis preliminar del lenguaje. Sin embargo, en muchos casos tal reflexión anuncia la lingüística sólo indirectamente: casi siempre se manifiesta como una serie de divagaciones sobre el origen, la forma y el poder de las palabras. Las investigaciones sobre el origen del lenguaje se afirman en el momento en que aparecen las primeras gramáticas y se prolongan durante el transcurso de la historia occidental, hasta la primera mitad del siglo XIX"(1).

Si la época contemporánea da preferencia al estudio fonológico y sintáctico, la época antigua privilegió el análisis lexicológico porque la gramática se concibe como una construcción de elementos separados, esto es, de palabras(2). La palabra será, por consiguiente, el eje sobre el que girará la investi-

gación lingüística griega, y por ello escribe Alain Rey que "l'histoire de la linguistique, celle de l'écriture, celle de la technique lexicographique posent dès leur origine le problème du MOT, en termes morpho-sémantiques et socio-culturels"(3).

Las teorías lingüísticas de los griegos no parten de cero; se basarán en las investigaciones llevadas a cabo por otras civilizaciones con las que estuvieron en contacto, aunque ellos les imprimieran nuevos derroteros, y ello "porque el trabajo de los lingüistas consiste, en cada época, en integrar descubrimientos antiguos en un sistema conceptual nuevo"(4). Y aunque conocemos perfectamente sus ideas lingüísticas ignoramos aún las teorías que sobre el lenguaje elaboraron los pueblos con los que convivieron. Su descubrimiento, si ello fuera posible, nos mostraría lo auténticamente genuino del pensamiento griego y lo que en realidad debieron a otros pueblos.

Varias son las direcciones en que desarrollan su investigación: la fonética, la etimología y la morfología. Notable es el hecho de que siendo Grecia un pueblo que mantuvo relaciones comerciales con pueblos no helénicos, no haya dejado constancia de su forma de hablar; probablemente el desinterés o el desprecio por lo que no fuera griego los llevara a no plasmar de manera fehaciente lo que para la posteridad hubiera sido un regalo inapreciable: la descripción fónica de otras lenguas extrañas. Otra fue, sin embargo, la actitud observada con su lengua: conscientes de las diferencias dialectales se esforzaron en determinar las varias formas de articulación de los sonidos "ensayaron algunas clasificaciones articulatorias, se introdujo la sílaba como unidad estructural de descripción fonológica, y en la época de los estoicos ya se

tenía una idea clara de que el lenguaje oral era producido por la intervención de los órganos articulatorios en el aire que sale de los pulmones.(...) El marco descriptivo de la fonética griega fue el alfabeto griego y todas las formulaciones que se hicieron lo fueron a base de describir la pronunciación de las letras"(5). A pesar de ello, el resultado obtenido en la descripción fonética de su lengua fue un tanto incompleto.

Otro problema sobre el que se disputó arduamente fue el de si las instituciones humanas se debían a un acuerdo o convención entre las personas o si, por el contrario, se debían a un hecho natural. En el centro del debate lo que estaba latente, en definitiva, era demostrar en qué teoría se hallaba la "verdad" sobre el origen del lenguaje. Este postulado "obligó a estudiar con gran minuciosidad la estructura formal de las palabras para tratar de probar o negar una conexión directa con su significado correspondiente"(6). La controversia naturaleza-convención sobre el origen del lenguaje avivó el interés por los estudios etimológicos. Con ello intentaban buscar el origen de las formas de las palabras hasta llegar a otras que desvelaran el significado de las primeras(7).

Ahora bien, donde los griegos destacaron de manera sobresaliente fue en el terreno gramatical. Sus conceptos permanecieron inalterados a través de épocas tan diferentes como la latina, la medieval, la renacentista e incluso la época actual porque "las teorías, las categorías y la terminología desarrolladas por los antiguos en relación con la gramática de sus propias lenguas forman parte del equipo gramatical general de los lingüistas descriptivos de nuestros días"(8).

En Grecia se inician, por tanto, los primeros planteamientos teóricos que tienen a la palabra como elemento y eje fundamental sobre el que gira la especulación lingüística. Por consiguiente, los pensadores griegos "recherchant avant tout les lois de la pensée, ils considèrent tout naturellement que les caractères propres à leur langue sont fondamentaux et nécessaires à toute réflexion. La langue, et en particulier le mot, les intéresse moins comme phénomène observable que comme instrument conceptuel (Aristote) ou comme reflet possible du monde des idées (Platon)"(9). La preocupación de los griegos se centra fundamentalmente en la relación existente entre la idea y la forma: su teoría es, por consiguiente, una teoría del nombre en cuanto vehículo para pensar las cosas. Aristóteles no se ocupa de la palabra en cuanto forma, esto es, cómo está constituida sino de la palabra en cuanto portadora de una idea(10). Para Platón, "la palabra es expresión material de una idea, y en esta idea radica el comienzo de nuestro conocimiento del mundo. Al sostener este principio teórico, Platón define las categorías gramaticales con referencia a la lógica: existen el nombre y el verbo, que no se definirán por criterios formales ni lingüísticos, sino filosóficos. La lengua, para el pensador griego, está formada por el nombre, del que se predica una acción o una cualidad, y el verbo, lo que es predicado del nombre.(...) Con este planteamiento platónico, se inicia en el pensamiento gramatical occidental una íntima relación entre Lógica y Gramática, que será fundamental en su desarrollo posterior.

La doctrina gramatical de Aristóteles se basa en la distinción platónica de tipo lógico entre nombre y verbo, aunque añade una tercera clase de palabras σύνδεσμοι ('conjunciones'); la división se justifica

en que, considerados aisladamente, tanto los nombres como los verbos pueden poseer significación, pero no los elementos gramaticales comprendidos en esta tercera clase, que únicamente está dotada de función gramatical. Aristóteles se plantea por primera vez el problema teórico de la definición de palabra, a la que concibe como la mínima unidad significativa, y diferencia el significado de estas unidades aisladas del de las construcciones sintácticas"(11).

De entre los griegos, serán los estoicos los que hagan una mayor contribución al estudio de la lengua pero no como gramáticos sino como lógicos, igual que Aristóteles y Platón lo habían analizado como filósofos(12), al dividir las partes de la oración en categorías primarias: nombre, verbo, conjunción y artículo, y categorías secundarias: número, género, caso, voz, modo y tiempo(13).

A diferencia de los estoicos, los alejandrinos se interesaron por el lenguaje como parte de los estudios literarios, y ello fue así porque para Dionisio de Tracia, integrante de la escuela alejandrina, "la gramática griega tiene por fin fundamental preservar el griego literario para que no se contamine ni se corrompa, pues los eruditos alejandrinos, apasionados de la Filología, habían observado la diferencia entre el griego hablado y la lengua de los textos homéricos, y pensaban que las diferencias se basaban en las diferentes corrupciones que había sufrido la lengua hablada y no sujeta a normas gramaticales"(14). Por esa razón, el esquema de la descripción gramatical occidental en la antigüedad "fue el formado por la palabra y el paradigma. A pesar de la riqueza de la morfología clásica, no se llegó a una teoría del morfema, y en las descripciones gramaticales clásicas se notan los puntos

fuertes y débiles de una morfología basada en la palabra. Como la fonética griega se basaba en la pronunciación de las letras del alfabeto griego, la gramática griega se concentró en el lenguaje escrito(...)"(15).

Una gramática que se basa en la palabra debe incluir tres aspectos: "la identificación de la palabra como unidad lingüística separable, el establecimiento de un conjunto de clases de palabras con el fin de distinguir y clasificar las palabras de la lengua, y la creación de las categorías gramaticales adecuadas para la descripción y el análisis de las palabras que forman parte del paradigma y de las relaciones sintácticas que surgen entre las palabras en la construcción de oraciones"(16). La gramática griega, que tenía como elemento fundamental la palabra, debería haber seguido un orden determinado de análisis: en primer lugar, la identificación formal de la unidad, posteriormente, señalar las clases de palabras existentes para concluir con la descripción de las categorías en que cada una de ellas habrían de ser situadas. El proceso que siguieron los gramáticos fue el inverso; la única excepción sería la gramática de Dionisio de Tracia. Algo similar ocurrió con la sintaxis, porque siendo el eje de la gramática, en la historia de la teoría gramatical occidental la morfología se precisó y analizó en primer lugar(17).

Las modificaciones realizadas por los gramáticos alejandrinos a las ideas y conceptos de los estoicos dejaron la disciplina gramatical en el estado en que a través de los gramáticos latinos ha llegado hasta nosotros. De entre todos ellos destaca la obra realizada por Dionisio de Tracia, Téchne grammatiké, quien hace de la oración y de la palabra las dos unidades máxima y mínima, respectivamente, de la descripción gramatical. Distinguió ocho clases de palabras, "cuyo número,

(...) permaneció constante hasta finales de la Edad Media, en la descripción gramatical del griego y del latín, teniendo una influencia muy marcada en el análisis gramatical de varias lenguas europeas modernas. Su sistema de clases de palabras fue considerado por la posteridad como uno de sus más importantes logros"(18). Las partes de la oración de Dionisio de Tracia fueron: nombre, verbo, pronombre, artículo, participio, preposición, conjunción y adverbio.

Finalmente, habría que añadir que, para la lingüística clásica, el estudio de las palabras se confundía con el de la significación: la lexicología era sobre todo semántica(19).

Roma

En el orden lingüístico, los romanos se adaptaron a las directrices emanadas de los griegos y aplicaron a su lengua el pensamiento griego, sus categorías, etc. Su servilismo lingüístico llegó al extremo de no observar que su lengua, el latín, que mostraba rasgos muy similares en muchos aspectos, se diferenciaba ostensiblemente en otros. Y aunque hay que reconocer la poca originalidad lingüística de los gramáticos romanos, es justo admitir que fueron maestros en la organización y propagación de los conocimientos que durante siglos Grecia había ido almacenando.

Muy pocos gramáticos se librarán del vasallaje lingüístico al que gustosamente se sometieron; de entre ellos, destaca la figura de Marco Terencio Varrón con su obra De lingua latina. En su pensamiento se advierte el conocimiento que posee de los estoicos y alexandrinos. Buena muestra de ello es que al plantearse los cambios que se operan en las palabras que tienen la misma raíz, bien por flexión o por derivación, Varrón repitió los argumentos a favor y en contra de la analogía y de la anomalía dando ejemplos latinos sobre la regularidad y la irregularidad de la morfología.

Demostó asimismo su capacidad de observación al advertir que las palabras se podían formar bien por flexión bien por derivación. A la primera, la derivación por flexión, la llamó "variación natural" (declinatio naturalis) porque, conocida la palabra y la declinación a la que pertenece, no hay obstáculo ni impedimento alguno para deducir todas sus formas. Por el contrario, a las derivaciones sincrónicas, más variables en cuanto al uso y aceptación según las personas y raíces la denominará declinatio voluntaria(20).

Original fue también la clasificación morfológica de las partes de la oración que efectuará teniendo en cuenta el caso y el tiempo como elementos fundamentales para la diferenciación de las palabras flexivas:

- "a) palabras con caso (nombres)
- b) palabras con tiempo (verbos)
- c) palabras con caso y tiempo (participios)
- d) palabras sin caso ni tiempo (adverbios y partículas)"(21).

Repara igualmente en que "la derivación sintáctica no es un universal de las lenguas naturales, lo que le lleva a plantearse el problema de la habilidad que poseen los hablantes para formar, de una manera sistemática, un ilimitado número de expresiones (palabras) con un limitado número de elementos"(22). Varrón, en fin, puede considerarse como un "precursor de la gramática moderna por haber basado su clasificación en un criterio totalmente formal, prescindiendo, por lo tanto, en principio, de la significación"(23).

Otros gramáticos latinos fueron Quintiliano, Donato, Macrobio, etc., pero sobre ellos destaca de manera singular Prisciano. Su objetivo principal consistió en pasar a la lengua latina el sistema gramatical griego siguiendo los escritos de Apolonio y la obra de Dionisio de Tracia así como describir de manera sistemática la lengua latina de la época clásica. En el aspecto fonético describe la pronunciación de los sonidos y la constitución de las sílabas; su morfología parte "del concepto del carácter indivisible de la palabra como unidad lingüística aunque haya casos en que sea significativa la unión de elementos dentro de la pala-

bra (tema + caso)"(24). Su definición de palabra es la misma que la de Dionisio de Tracia, esto es, la unidad mínima de la estructura de una oración. Si la unidad mínima gramatical es la palabra las divisiones inferiores a ella carecerán de significación lingüística.

Al establecer las partes de la oración adopta el sistema griego de ocho clases de palabras admitido por otros gramáticos latinos, pero al observar la falta de artículo en latín coloca en su lugar la interjección. Las partes de la oración son: nombre, verbo, participio, pronombre, adverbio, preposición, conjunción e interjección. Las definiciones, basadas en su contenido semántico, son, en esencia, las de Apolonio al que prácticamente sigue(25).

Prisciano organizó "la descripción morfológica de las formas de los nombres y de los verbos, y también de las otras palabras flexivas, estableciendo las formas básicas o modélicas, para los nombres, la del nominativo singular, y para los verbos, la primera persona del singular del presente de indicativo; a partir de éstas nacía el esquema de las otras por medio de cambios en las letras; para él la letra fue la mínima unidad tanto fonológica como gráfica"(26). Respecto a las diversas formas que pueden adoptar las palabras, ignoró la importante división de Varrón entre formas de flexión y formas de derivación agrupándolas en un conjunto de igual modo que los griegos.

La obra de los gramáticos latinos de la época clásica de Roma "nos muestra la capacidad de absorción por parte de los romanos, de las teorías lingüísticas griegas con sus controversias, sus categorías y sus aplicaciones. Lo mejor que se conoce de la erudición lingüística latina es la formalización descriptiva de la gramática latina que sirvió de base para los estu-

dios y la educación en la Antigüedad, en la Edad Media y para la enseñanza tradicional del mundo moderno"(27). La obra de Prisciano, Institutiones grammaticae, formó la base de la gramática medieval latina y el sostén de la filosofía lingüística medieval(28).

La Edad Media

En el primer periodo medieval, los autores básicos serán Donato y Prisciano que serán utilizados en la enseñanza a través de resúmenes y comentarios y seguirán influyendo en materia de conocimientos gramaticales latinos durante la Edad Media. Junto a ellos se utilizará el manual de gramática latina de Alejandro de Villedieu, Doctrinale, que será muy popular entre los estudiantes. Su obra la divide en "Orthographia, Etymologia, Dyasintastica y Prosodia, en la cual la Etymologia era el estudio formal de las partes de la oración, la flexión y la formación de palabras, mientras que la Dyasintastica era una proto-Sintaxis, es decir, un análisis sintagmático o del discurso, en el que se incluían las partes de la oración en conjunto"(29). Por eso, aun considerando de gran interés las preocupaciones lingüísticas anteriores, será la Baja Edad Media la que ofrecerá nuevas y mejores perspectivas en el análisis de la ciencia lingüística. Es la época de la filosofía escolástica que subordinó la investigación al estudio teológico.

Muchos temas lingüísticos fueron debatidos por filósofos y así Petrus Hispanus, en Summulae logicales, distingue "la significatio, relación entre signo o palabra y lo que ésta significa, de la suppositio, o aceptación de un concepto, por la relación significativa, en lugar de un objeto o clase. La suppositio puede ser formal, cuando tomamos la palabra por el referente: "Juan es mi vecino", o material, cuando tomamos la palabra por sí misma (es decir, en un metalenguaje): "Juan es un nombre propio"(30). Esta distinción aparecerá repetida bajo formas diferentes y con distintas

interpretaciones: significado y referencia, connotación y denotación, etc. A estas distinciones, algunos gramáticos y lógicos añadieron nuevas diferencias como la oposición entre materia y forma que tanto uso tendrá entre los escolásticos(31).

Ahora bien, lo que llamamos gramática en la Edad Media se debate entre dos tendencias: la conservación de los conceptos de la obra de Prisciano y las nuevas teorías de los modistas ("modistae"), llamados así por la enorme cantidad de obras escritas bajo el título De modis significandi. Estos filósofos escolásticos dieron mayor importancia al problema del significado o de la significación e intentaron derivar las categorías gramaticales de las categorías de la lógica y de la metafísica, entre otras(32).

Los modistas consideran la palabra como un signo. Por lo tanto, "para que una palabra funcione de modo realista, debe ser tomada como un correlativo de las cosas en el mundo de la realidad, de manera que entonces deba ser considerada como una expresión gramatical. La palabra es, pues, una combinación de su expresión (vox), un signo (signum) que expresa alguna realidad y, por lo tanto, una dictio y un miembro de una clase de palabra en virtud de sus modos de significar. Es nuestra facultad de entender la que impone a la expresión un significado que la convierte en una palabra; es también esa misma facultad la que le da a la palabra un significado más preciso que la convierte en una pars orationis. La implicación de esto es que la expresión alcanza una doble función; adquiere consignificación, esto es, un significado funcional y así se convierte en un funtivo gramatical"(33).

La labor de la gramática científica o especulativa, pues, "se orientó hacia el descubrimiento de los principios en virtud de los cuales la palabra, como "signo", se relacionaba por un lado con el intelecto humano y por otro con la cosa que representaba o "significaba". Se supuso que estos principios eran constantes y universales. ¿De qué otro modo podía el lenguaje ser el vehículo del verdadero conocimiento? Según los gramáticos especulativos, la palabra no representa directamente la naturaleza de la cosa que significa, sino que la representa como existente de alguna manera particular o "modo" - como una substancia, una acción, una cualidad, etc.- y lo hace adoptando las formas de la parte del discurso apropiada. La gramática se convirtió así en una teoría filosófica de las partes del discurso y sus característicos "modos de significar"(34).

La teoría gramatical de los modistas es el resultado de una interdependencia entre la estructura de la realidad, el acto del entendimiento y su expresión lingüística. Esta teoría requiere, por consiguiente, no sólo el estudio de las palabras, sino también el de sus propiedades(35). En su teoría, parten del principio de que la estructura del pensamiento refleja la estructura de la realidad y que la estructura de la lengua era un reflejo de la del pensamiento(36). Como afirma Silvio Elia, "Les modistes cherchent donc à trouver, sur le plan logique, les raisons d'être des unités grammaticales; ils vont de l'intellect vers les mots"(37).

También conviene hacer notar que en su sistema lingüístico los modi significandi - que junto a los modi essendi y los modi intelligendi constituyen

su teoría del lenguaje - ocupan un lugar de privilegio. "Cada parte de la oración, o clase de palabras se caracteriza porque representa la realidad por medio de un determinado modo o desde un determinado punto de vista; y cada categoría aplicable a una clase de palabras es en sí misma un modo que contribuye con su propio componente semántico" (38). Los modistas, pues, dividen también en ocho las partes de la oración, considerando unas declinables como nombre, verbo, participio y pronombre, y otras como indeclinables: adverbio, conjunción, preposición e interjección. Si en la época antigua las partes de la oración se definían por su aspecto formal, ahora las definiciones tendrán un mayor componente semántico del que pueden participar más de una clase de palabras. Las palabras declinables son de finidas "por referencia a las categorías de la filosofía escolástica, las cuales, en último término, hacen referencia a las categorías aristotélicas del ser; pero al aplicar esta terminología a las clases de palabras indeclinables, los "modistae" dieron un tratamiento al modus significandi casi equivalente al de función sintáctica" (39).

Sería precisamente la sintaxis la que recibiera un mayor impulso dado el deficiente tratamiento recibido en la gramática de Prisciano. El esquema teórico de la sintaxis trazado por von Erfurt puede servir de modelo de la teoría de los modistas. Él considera que la oración, para ser estimada como tal, ha de basarse necesariamente en cuatro principios:

material: las palabras como miembros de las clases gramaticales (constructibilia),

formal: la unión de las mismas en las diferentes construcciones,

eficiente: las relaciones gramaticales entre las diferentes partes de la oración, expresadas en las formas declinadas (modi significandi) y que son requeridas por la construcción e impuestas por la voluntad del que habla,

final: la expresión de un pensamiento completo"(40). Además, para que la oración sea aceptable es necesario que reúna varios requisitos, a saber: que las palabras formen una construcción sintáctica (nombres y verbos), que posean las categorías flexivas apropiadas y, finalmente, que exista la necesaria congruencia entre corrección sintáctica y semántica. Rechazan, pues, todas aquellas oraciones agramaticales del tipo lapis amat filium que, aunque correctas en su aspecto formal, no lo son desde un punto de vista semántico.

Uno de los logros de los modistas, entre otros muchos, fue considerar el nombre y el verbo como elementos primordiales de la oración además de distinguir, basándose en el terreno sintáctico, lo que posteriormente en la gramática se conocería como formaciones por flexión y por derivación.

Renacimiento y humanismo

El Renacimiento registrará un cambio en la ciencia lingüística que a la postre la orientará por nuevos derroteros. Por un lado, se vuelve al estudio de los autores grecolatinos del periodo clásico que durante la época medieval permanecieron marginados y olvidados por los escolásticos, más dados a teorizar. Por otra, se abrirá un nuevo horizonte a la lingüística con la aparición de las gramáticas de las lenguas vernáculas, merecedoras de un análisis más detenido. La orientación lingüística del Renacimiento se podría resumir en los siguientes hechos: deseo de restituir los estudios clásicos grecolatinos; necesidad de conocer y estudiar la lengua hebrea y, finalmente, el estudio de las lenguas vernáculas como vehículo de comunicación ante el progresivo retroceso en tal sentido de la lengua latina.

Ante esta nueva situación, las gramáticas toman, pues, nuevas direcciones: por un lado hallamos la grammatica methodica, que cumple una función didáctica y cuya preocupación se centra en el conocimiento de la propia lengua, porque ello conduce no sólo a conocer la lengua latina o, al menos, un medio para llegar a su conocimiento, sino también la lengua de otros países, por lo que se editan manuales de lenguas para extranjeros: Percyvall, Salazar, Oudin, etc. Por otro lado, nos encontramos con la grammatica exegetica que tiene como finalidad la fijación y explicación filológica correcta de los textos bíblicos que tanto auge conocieron en el Renacimiento(41).

Otro hecho relevante para el estudio lingüístico fue la preocupación que tuvo el hombre renacentista por lo que hoy llamamos lingüística diacrónica al registrar "sistemáticamente y con seriedad los cambios fonéticos (expresados como cambios de letras) por medio de los cuales se podían relacionar históricamente las palabras del español, francés e italiano con las formas "emparentadas" del latín; y quizá aún fue más significativo el tratamiento que se dio a los cambios de orden gramatical"(42).

En esta época se describen y se analizan la formación del futuro romance, muy diferente del latín, así como la supresión de las formas declinadas latinas por sintagmas con o sin preposición, según los casos. A pesar de lo descrito, el hombre del Renacimiento no tiene conciencia de la existencia de una lingüística sincrónica y otra diacrónica, pero sí observa que las categorías de las distintas lenguas romances no encajan en su totalidad en las categorías lingüísticas emanadas de los gramáticos de la antigüedad. A pesar de todo, los gramáticos siguen apegados a la estructura gramatical tradicional y continúan dividiendo en ocho las partes de la oración; sin embargo, existen también disidentes como Nebrija que define diez partes de la oración y otros, de clara influencia semítica, que admiten solamente tres.

Figura relevante de la ciencia española de esta época es Antonio de Nebrija. Su erudición lo lleva al estudio de múltiples materias aunque su labor fundamental se desarrollará en el ámbito gramatical. En sus obras sigue a los gramáticos latinos Prisciano, Donato y Quintiliano, entre otros, aunque tiene ya un criterio gramatical propio que en ocasiones lo llevará

a disentir de sus fuentes latinas. Divide la gramática en ortografía, prosodia, etimología y sintaxis, división ya clásica en la época medieval y que se continuará repitiendo hasta la época moderna.

La gramática latina del periodo medieval distinguía ocho partes de la oración: nombre, pronombre, verbo, participio, adverbio, preposición, conjunción e interjección. Nebrija, sin embargo, rompió con la clasificación tradicional al considerar diez partes de la oración. La interjección la consideró como adverbio y añadió tres formas nuevas: el artículo, el gerundio y el nombre participial infinito. Respecto de la división de las partes de la oración no sigue un criterio único; unas veces se basa en la forma, otras en la función e incluso en la forma y la función.

Define el nombre como "una de las diez partes de la oración, que se declina por casos, sin tiempos, y significa cuerpo o cosa" (Libro III, cap. II)(43), acepción formulada con criterio morfológico y semántico. Nebrija afirma que "las letras representan las bozes, y las bozes significan, como dize Aristóteles, los pensamientos que tenemos en el ánima" (Libro I, cap. III) (44). Para el profesor Quilis, el concepto de "palabra" en Nebrija tiene dos aspectos distintos: uno grafémico y otro fónico. A. Quilis lo resume de la siguiente manera:

letra = grafema (representa la "boz");

boz = a) sonido

b) palabra hablada;

palabra = palabra escrita,(45).

Orientación harto diferente ofrecerá Francisco Sánchez de las Brozas, el Brocense, quien durante mucho tiempo verá sus obras relegadas a un segundo plano ante la importancia que los escolásticos concedieron a las de Antonio de Nebrija. Más tarde, la obra del Brocense ejercería un notable influjo en las ideas lingüísticas de los investigadores europeos. Su obra fundamental es Minerva sive de Caenis Latinae linguae commentarius (1587) donde estudia con gran detenimiento la sintaxis por considerarla el fin de la Gramática. Y así escribe: "alii vero diuidunt Grammaticam in litteram, syllabam, dictionem, orationem; siue quod idem est, in orthographiam, prosodiam, etymologiam, syntaxim. Sed oratio siue syntaxis est finis grammaticae; ergo igitur non pars illius"(46). Por otra parte, rechaza la división tradicional de las partes de la oración, que en su obra quedan reducidas a tres, nombre, verbo y partículas, sin duda por influjo de las lenguas semíticas.

Siguiendo un criterio funcional distingue el sintagma nominal del sintagma verbal; con dicho criterio y el formal realiza el estudio de la sintaxis en donde el significado va a ocupar un lugar secundario. Al estudiar la elipsis plantea una serie de reglas:

- " 1) Los elementos de la oración son nombre y verbo. Si no aparece el verbo está sobrentendido.(...)
- 2) Todo verbo tiene su nominativo, expreso o elíptico.(...)
- 3) Si hay presente un adjetivo, hay un sustantivo, expreso o elíptico, al que ese adjetivo modifica" (...)(47).

Estos enunciados serán posteriormente recogidos por los gramáticos racionalistas de Port Royal sobre los que su obra ejercerá un considerable influjo.

En el Arte de Gonzalo de Correas se divide la gramática en las partes tradicionales: ortografía, prosodia, etimología y sintaxis. La ortografía incluye el tratado de las sílabas en tanto que la prosodia, más que objeto de estudio de la Gramática, debe ser incluida, según el autor, en el Arte Poética. La sintaxis, como afirma el Brocense, es también el fin de la Gramática.

Las partes de la oración las reduce a tres: nombre, verbo y partículas; todas las demás quedan incluidas en ellas. Afirma que las palabras que tienen singular y plural, así como casos en otras lenguas, entran dentro del ámbito nominal, por lo que el participio, el pronombre y el artículo pertenecen a dicha categoría. Si además de número poseen persona y tiempo son verbos y, finalmente, atañen a las partículas todos los elementos invariables: adverbio, preposición, conjunción e interjección. Gonzalo de Correas considera la sintaxis como la parte de la gramática que se ocupa de la elaboración de concordancias y de la formación de oraciones. La oración, para él, está formada por dos elementos básicos: el nombre y el verbo.

Entre los renacentistas extranjeros hay que mencionar a Petrus Ramus a quien, junto con Francisco Sánchez de las Brozas, se le ha considerado como un pensador que señala la transición entre la concepción gramatical medieval y la moderna. Sus análisis gramaticales "se pueden considerar formales, ya que no se basan ni en la semántica ni en las categorías lógicas, sino en las relaciones existentes entre las formas rea-

les de una palabra"(48). Conservó la: ocho partes de la oración de la gramática latina aunque para su clasificación empleó el número como categoría diferenciadora debido a que las resinencias casuales, de las que se habían servido los latinos, habían desaparecido en las lenguas romances. Su sintaxis se basó "en la distinción entre palabras con flexión numeral y sin ella, y fue completada con las dos categorías de relación sintáctica, la concordancia y el régimen (...)"(49).

El descubrimiento del Nuevo Mundo y la descripción que de otras lenguas hacen los misioneros al escribir sus gramáticas contribuyen a un mejor conocimiento de dichas lenguas, así como a la observación de otros paradigmas morfológicos que nada tienen en común con los grecolatinos, y que tampoco se acomodan a las categorías establecidas por la gramática tradicional.

La gramática tradicional, pues, no se limita sólo a constatar los hechos lingüísticos del habla, sino que además impone el criterio de autoridad señalando cuáles son los empleos correctos o incorrectos. Ahora bien, "como nace por la aplicación al lenguaje de las preocupaciones lógicas y racionalistas de sofistas, peripatéticos y estoicos, se busca a sus preceptos y reglas un fundamento teórico, filosófico, con lo cual resulta una gramática lógica. Y ésta es su equivocación: partir de supuestos exolingüísticos y afirmar la tesis del perfecto paralelismo entre el pensar y el hablar, al querer identificar las categorías gramaticales con las categorías lógicas"(50).

La gramática tradicional contiene aciertos e inexactitudes. Entre los aciertos hay que destacar el análisis sincrónico de los fenómenos lingüísticos así como la aceptación de un sustrato común a todas

las lenguas. Entre las inexactitudes señalaremos la identificación de las categorías gramaticales con las lógicas y la creencia de que el sistema lingüístico del latín o del griego era norma para el resto de los idiomas, aceptando además que las categorías válidas para esas lenguas - latín o griego - concernían también a los demás idiomas(51).

Siglo XVII

El siglo XVII conocerá el auge del pensamiento racionalista, cuyo máximo representante es Descartes. El racionalismo es un movimiento filosófico que defiende la primacía de la razón sobre cualquier otra forma de conocimiento; busca la verdad no en las impresiones que pueden proporcionar los sentidos, oponiéndose así a la teoría empirista que negaba la existencia de idea alguna en el hombre anterior a la experiencia, sino en las ideas innatas del pensamiento humano que nos llevarán a conocer la realidad. El antagonismo filosófico de racionalistas y empiristas se extiende también al ámbito gramatical. Se puede decir que las gramáticas racionalistas son en cierta medida continuadoras de la escolástica medieval, tan denostada en el siglo XVI.

En Francia, los gramáticos Arnauld y Lancelot escribieron la Grammaire générale et raisonnée donde exponen una teoría general de la gramática en la que dieron primacía a la razón sobre la autoridad. Definen la gramática como "el arte de hablar", y entienden por hablar la exposición o expresión de los pensamientos por medios de signos ideados por los hombres para tal fin: los sonidos y las voces. La palabra, pues, será definida de modo diferente según se considere desde un punto de vista fónico, esto es, en tanto que sonido, o desde un punto de vista significativo. En el primer caso, Arnauld y Lancelot clasifican los sonidos por el órgano que interviene en su articulación, intentan definir la sílaba ("la sílaba es un sonido completo, que está a veces compuesto por una sola letra, pero de ordinario por varias" (c. III, pág. 10), y, en fin, estiman que la palabra es una unidad hablada o escrita a la que

definen de la siguiente manera: "se llama palabra lo que se pronuncia aparte y se escribe aparte"(c.IV,pág. 11). Des de el punto de vista significativo definen las palabras como "sonidos distintos y articulados de los que los hombres han hecho signos para significar sus pensamientos"(G.,II,c.I,pág.16)(52). Como podemos observar, los gramáticos racionalistas de Port-Royal advierten que las palabras han sido creadas por el hombre para manifestar sus pensamientos y que no hay vínculo natural entre el sonido de la palabra y el significado de la misma.

En la Lógica, por otro lado, escriben Antoine Arnauld y Pierre Nicole:"Ahora bien, es ciertamente de alguna utilidad para el objeto de la lógica, que es el de bien pensar, entender los diversos usos de los sonidos que están destinados a significar las ideas y que el espíritu tiene costumbre de unir tan estrechamente a ellas, que la una no se concibe apenas sin la otra, de manera que la idea de la cosa suscita la idea del sonido, y la idea del sonido la de la cosa.

Se puede decir en general sobre este punto que las palabras son sonidos distintos y articulados, de los que los hombres han hecho signos para indicar lo que ocurre en su espíritu"(53).

Como muy bien observa R.Donzé "la definición de la palabra reproduce la que propuso la Gramática general y razonada, pero completada aquí con una observación valiosa acerca del mecanismo del signo hablado:" ... la idea de la cosa suscita la idea del sonido, y la idea del sonido la de la cosa". No es el sonido lo que transmite la cosa, sino la idea del sonido lo que evoca necesariamente la idea de la cosa"(54).

Arnauld precisa aún más la condición del vínculo que une la idea del sonido a la idea de la cosa. Y empieza por oponer "a la definitio rei (que representa la verdad de la cosa) dos formas distintas de definiciones de palabras:

1) la "definitio nominis" propiamente dicha, por la cual, sin preocuparse de la costumbre, se une tal idea a tal palabra (como al decir: "llamo quimera a lo que implica contradicción, p.172).

2) la definición del nombre según la verdad del uso, por la cual se explica el sentido que los hombres atribuyen convencionalmente a tal palabra.

La "definitio nominis" propiamente dicha es arbitraria, "pues, siendo cada sonido indiferente por sí mismo y por su naturaleza para significar toda clase de ideas, me está permitido, para mi uso particular y con tal que lo advierta a los demás, destinar un sonido a significar precisamente una cierta cosa, sin mezcla de ninguna otra" (Lógica, I, c. XII, p.171). En cambio, la definición del nombre según el uso, que no hace más que explicar el sentido en la cual se toma comúnmente una palabra, se ve constreñida a representar la verdad de la convención que determina su empleo" (55).

La "definitio nominis" propiamente dicha hace referencia a la arbitrariedad del signo según se puede colegir del siguiente texto: "La institución de los hombres, que se reconoce por el uso público y notorio, hace que las palabras no sean solamente sonidos, sino signos, es decir, que no hieran solamente los sentidos, sino que sirvan para formar, en el espíritu de quienes escuchan, las ideas de ciertas cosas, según plugo a los hombres vincular las unas a ciertas palabras y las otras a otras.

Por eso la significación de las palabras es arbitraria antes de estar regulada por esa institución y uso; pero una vez que lo está, no es permitido, al hablar a los demás, cambiarla según la propia fantasía, y se está obligado a seguir ese acuerdo de la sociedad humana, como lo llama san Agustín: Pacta societatis humanae"(56). Por otro lado, la definición del nombre según la verdad del uso alude a la convención del lenguaje y al sentido que las personas dan a las palabras para poder establecer comunicación entre sí.(57)

Los gramáticos de Port-Royal dividen en nueve las clases de palabras y las clasifican en dos grupos. La primera clase de palabras la componen el nombre, el artículo, el pronombre, el participio, la preposición y el adverbio; en la segunda sitúan el verbo, la conjunción y la interjección. Las palabras que componen el primer grupo se relacionan con los objetos de nuestro pensamiento, mientras que las del segundo se corresponden con el modo o la forma de nuestro pensar; la división, por tanto, no se realiza según un criterio formal, sino semántico. No cabe duda que presentan semejanzas con los modistas escolásticos cuando conceden importancia a los rasgos universales de las lenguas, sin embargo, las discrepancias se acentúan cuando se analiza con detenimiento la actitud de ambas escuelas (58).

Respecto de la función que desempeñan ciertas partes de la oración los racionalistas de Port-Royal aceptan que "los adverbios no son más que la forma abreviada de una frase preposicional (sapienter, sabiamente, = cum sapientia, con sabiduría). Los verbos son palabras que propiamente "significan afirmación" y según los modos, deseo, orden, etc. Con esto los gramáticos

de Port-Royal vuelven al análisis sugerido por Aristóteles, en el que todos los verbos son equivalentes lógicamente y gramaticalmente al verbo copulativo más un participio, Pedro vive (Pedro es viviente) análogo estructuralmente a Pedro es un hombre; y las categorías de intransitivo y transitivo (y activo y pasivo) pertenecen con más propiedad al elemento "adjetival" que va detrás de los verbos" (59).

La gramática general pretende poner fin a la idea de que la gramática latina es perfecta y que todas las lenguas deben acomodar su gramática a imagen y semejanza del modelo latino. Al no haber ya un modelo único, no se puede imitar una gramática determinada porque la gramática general trasciende a todas las lenguas dado que intenta explicar los usos particulares de cada una a partir de reglas generales previamente deducidas. La gramática general enuncia cinco principios comunes a todas las lenguas, a saber:

- 1) no hay jamás nominativo sin verbo;
- 2) ni verbo sin nominativo;
- 3) ni adjetivo sin sustantivo;
- 4) el genitivo está gobernado siempre, no por un verbo, sino por un nombre(...);
- 5) finalmente, la determinación del régimen después de los verbos la dicta frecuentemente el capricho del uso(...), más bien que la relación específica propia del caso gramatical" (60).

Tras el periodo racionalista, la lingüística tomará una dirección muy distinta a la seguida hasta ahora al abandonar el estudio sincrónico del lenguaje. Otras preocupaciones lingüísticas son las que aparecen en el entorno europeo.

Siglo XVIII

En el siglo XVIII, prosiguen los debates filosóficos y lingüísticos del siglo anterior. Por un lado, se mantiene vivo aún el influjo de los gramáticos y lógicos de Port-Royal que pretenden crear una gramática común a todas las lenguas; por otro, los filósofos intentan "resolver la paradoja lógica del origen del lenguaje, en la que se conjugaba la mera especulación con algo de psicología y deducción lógica en tal forma que, en parte, se consideraban las lenguas "primitivas" vivas como muestrario de estados lingüísticos prehistóricos"(61).

Uno de los filósofos que escribe influido por las corrientes empirista-racionalistas es E. B. Condillac, quien, en su obra Essai sur l'origine des connoissances humaines(1746), realiza un planteamiento fundamentalmente romántico sobre el origen del lenguaje; los gestos y los gritos serían, en un primer momento, los medios que utilizaba el ser humano para comunicarse; pero ante los problemas que plantearían los gestos en situaciones poco propicias (la noche, por ejemplo), los elementos fónicos cobrarán mayor relevancia, se asocian a cosas existentes lo que dará lugar a una mayor capacidad del pensamiento humano. Formula también una teoría sobre la arbitrariedad del signo afirmando

- "que los signos de las lenguas son signos de "institución"(...) "que hemos escogido nosotros mismos y que únicamente tienen una relación arbitraria con nuestras ideas";

- que "el lenguaje es el ejemplo más sensible de las uniones que formamos voluntariamente;

Siglo XVIII

En el siglo XVIII, prosiguen los debates filosóficos y lingüísticos del siglo anterior. Por un lado, se mantiene vivo aún el influjo de los gramáticos y lógicos de Port-Royal que pretenden crear una gramática común a todas las lenguas; por otro, los filósofos intentan "resolver la paradoja lógica del origen del lenguaje, en la que se conjugaba la mera especulación con algo de psicología y deducción lógica en tal forma que, en parte, se consideraban las lenguas "primitivas" vivas como muestrario de estados lingüísticos prehistóricos"(61).

Uno de los filósofos que escribe influido por las corrientes empirista-racionalistas es E. B. Condillac, quien, en su obra Essai sur l'origine des connoissances humaines(1746), realiza un planteamiento fundamentalmente romántico sobre el origen del lenguaje; los gestos y los gritos serían, en un primer momento, los medios que utilizaba el ser humano para comunicarse; pero ante los problemas que plantearían los gestos en situaciones poco propicias (la noche, por ejemplo), los elementos fónicos cobrarán mayor relevancia, se asocian a cosas existentes lo que dará lugar a una mayor capacidad del pensamiento humano. Formula también una teoría sobre la arbitrariedad del signo afirmando

- "que los signos de las lenguas son signos de " institución"(...) "que hemos escogido nosotros mismos y que únicamente tienen una relación arbitraria con nuestras ideas";

- que "el lenguaje es el ejemplo más sensible de las uniones que formamos voluntariamente;

- que "esta operación("por la que damos signos a nuestras ideas") resulta de la imaginación, que presenta al espíritu signos de los que todavía no tenía idea en absoluto, y de la atención, que los liga con las ideas";

- que "gestos, sonidos, cifras, letras, tales son los instrumentos, tan extraños a nuestras ideas, con los que las ponemos en obra"(62).

Otro pensador que por sus ideas unas veces es considerado como racionalista en tanto que otras es aceptado como empirista moderado es el británico James Harris, quien, en su obra Hermes or a philosophical inquiry concerning language and universal grammar, (1751), intentó dar un nuevo enfoque a los estudios gramaticales. Harris se caracteriza por ser un especialista en filosofía clásica, sobre todo en Aristóteles, y su máxima preocupación se centra en hallar principios comunes y universales en todas las lenguas. En su teoría del significado de las palabras siguió lo manifestado por Aristóteles al considerar que las palabras y lo designado por ellas están unidos por medio de un pacto social. Define la palabra como "un sonido significante ninguna de cuyas partes es significante de por sí" y la oración como "una cantidad compuesta de sonido significante de la que ciertas partes son también significantes".

En cuanto a las partes de la oración las clasifica en dos tipos fundamentales: principales, de significado absoluto, y accesorias, que carecen de significado propio. Las palabras principales comprenden los nombres - dentro de los cuales se incluyen los pronombres - y los verbos o atributivos. En el verbo se engloban los verbos propiamente dichos, los participios

y los atributos. Los adverbios, por otra parte, son considerados como atributivos de segundo orden.

Las palabras accesorias se dividen en "definitivos" (los artículos y algunos pronombres) que se construyen con una palabra, y las "conjunciones" (que abarcan tanto las conjunciones como las preposiciones) que se forman con dos o más palabras(63).

Las palabras principales simbolizan de modo inmediato las ideas generales y sólo secundariamente y a través de ellas son símbolos de ideas particulares. Como se puede observar, las unidades lingüísticas para J. Harris son el sonido, la palabra y la oración. Frente al sonido que es de carácter material, la oración y la palabra los presenta como pertenecientes a la forma-dualidad fundamental en el pensamiento aristotélico; por ello, "al eliminar lo material como algo que atañe exclusivamente al significante, corresponde a lo formal tanto la significación gramatical, con todo lo funcional, como la significación léxica"(64). Las definiciones las efectúa según un criterio formal, en tanto que la clasificación de las palabras o partes de la oración las realiza con criterio funcional.

Junto a J. Harris hay que mencionar a Horne Tooke cuyo enfoque gramatical está en la línea de las modernas doctrinas formales. Acepta sólo dos partes de la oración: el nombre y el verbo; las demás son producto de la corrupción que, por otra parte, hace que el lenguaje funcione mejor; por ello critica la decisión de Harris de considerar la conjunción como parte de la oración. Considera los elementos de la flexión y derivación de las palabras como partes o fragmentos de palabras independientes que se aglutinan con el elemento radical.(65).

La orientación que proyectan los filósofos en el siglo XVIII es doble: mientras unos intentan describir los elementos constitutivos del lenguaje en general y de cada lengua en particular, según hemos visto, otros, preocupados por conocer el origen del lenguaje, consideran primordial el análisis de las palabras aisladas por lo que pueden ser conceptuados más que como gramáticos, lexicólogos. Será precisamente en este siglo cuando se lleven a cabo listas de palabras, diccionarios en varias lenguas, estudios de algunos idiomas hasta ahora desconocidos y sobre todo textos escritos en los que se reproduce el Padre Nuestro en multitud de lenguas diferentes. Ello servirá para indagar el origen del lenguaje sirviéndose del análisis comparado de las palabras. Si en un principio el interés mostrado por el conocimiento de las lenguas llevaba parejo el deseo de ofrecer una visión panorámica del conjunto de lenguas que pueblan la tierra así como su diversidad desde un punto de vista etnográfico, ahora su estudio los lleva a realizar un análisis lingüístico pormenorizado con un criterio morfológico y léxico para llegar a establecer su parentesco histórico así como dictaminar si tienen o no un origen común. Multitud de estudiosos se prestan a buscar solución al problema.

Leibniz, por ejemplo, acepta la hipótesis del origen común de las lenguas; lo que rechaza, sin embargo, es que dicho tronco sea la lengua hebrea. Su entusiasmo por la clasificación de las lenguas según su parentesco y afinidad lingüística lo lleva a exhortar a Catalina II de Rusia la recogida de palabras en los idiomas existentes en su inmenso territorio. Resultado de ello fue la compilación por el alemán P.S.Pallas de listas de palabras comparadas que aparecen en la obra que lleva por título Linguarum totius orbis vocabularia

comparativa, Augustissimae, cura collectae, (1786-1789). Otro autor que realizó un compendio de palabras fue J. C. Adelung en su obra Mithridates (1806-1817), que posteriormente fue continuada por J.S.Vater.

Digna de mención es asimismo la obra gigantesca del español Hervás y Panduro Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, que, aunque publicada en italiano en 1794, recibirá forma definitiva en español entre los años 1800-1804. Sus ideas sobre el origen del lenguaje son un poco ambiguas, ya que, por un lado, no duda de que el lenguaje sea de origen divino, pero a veces se nos presenta defendiendo el lenguaje como producto de un acuerdo social. Tampoco cree que las lenguas deriven de una sola lengua primitiva y piensa, además, que la comparación lingüística ha de hacerse de forma más amplia y no sólo con el análisis exclusivo del elemento léxico(66).

El siglo XVIII será testigo de un nuevo descubrimiento lingüístico que tiene relación con la palabra y que presenta notables diferencias con la teoría sustentada por la gramática tradicional. Hasta los últimos años del siglo XVIII la lingüística tradicional ha considerado la palabra como la unidad lingüística más pequeña de la cadena hablada que tenga significación. Si se fragmenta la palabra da lugar a unidades no significativas, como las letras o las sílabas. La palabra es considerada como la unidad de acentuación porque las lenguas donde prima el tono no atribuyen más que un acento fuerte a cada palabra. La lingüística comparativa, empero, se vio en la necesidad de precisar aún más dicho concepto y dividir la palabra en unidades menores porque la comparación de varias lenguas condujo a la evidencia de que la relación de parentesco no se podía establecer entre palabras, sino entre unidades menores

que las palabras. Los comparatistas distinguen en las palabras varios componentes: los elementos radicales o semantemas, que expresan nociones reales, y las marcas gramaticales o morfemas, que denotan las categorías de pensamiento(67).

Aunque en general se acepta la división de la palabra, los lingüistas modernos rechazan la clasificación de los comparatistas ya que a lo sumo podría ser válida para el latín y el griego. Si este concepto ha prosperado en las lenguas derivadas del indoeuropeo se ha debido al enorme influjo que las lenguas clásicas han ejercido sobre ellas.

Mientras en Europa se debatían los planteamientos teóricos mencionados a lo largo del capítulo, un hecho trascendental hará que las investigaciones sigan derroteros harto diferentes a los que la ciencia lingüística se había encaminado hasta entonces: el hecho singular fue el "descubrimiento" de la lengua sánscrita por William Jones en 1786.

La lingüística hindú

Los lingüistas europeos ignoraron la existencia de una gramática hindú hasta finales del siglo XVIII. Sin embargo, noticias de ello habían llegado a Europa en el siglo XVI a través de las cartas de los misioneros. Uno de ellos, Filippo Sassetti, que, por otro lado, no fue el único, dio a conocer la semejanza entre algunos rasgos del sánscrito y determinadas palabras de la lengua italiana. Ahora bien, las preocupaciones filosóficas y religiosas de Europa eran tan diferentes de los informes que se describían en las cartas que nadie prestó atención a lo enunciado por personas que, además, no eran lingüistas. El pensamiento occidental perdió así la oportunidad de conocer el análisis gramatical hindú al que accederá unos siglos más tarde.

La gramática de Pāṇini tiene su origen en los estudios exegéticos de la lengua sagrada de los Vedas; su fin es evitar que sufriera alteración no sólo en el texto sino también en la forma en que había de ser articulada; por ello, se centrará en el análisis de los sonidos de su lengua y en la estructura formal de la palabra. Frente a la actitud hindú, los griegos se centraron en el estudio de las palabras como portadoras de significado. En la fonética, los hindúes realizaron aportaciones sumamente valiosas: distinguen los sonidos sordos de los sonoros, definen las consonantes por el modo y lugar de articulación, describen los alófonos, etc., además de analizar los rasgos de juntura y prosódicos de las palabras cuando se encuentran en la cadena hablada.

Además de sus valiosas aportaciones a la fonética, donde los gramáticos hindúes alcanzan un mayor relieve es en el análisis gramatical del sánscrito. La

gramática presenta una clara exposición de la palabra como forma, esto es, distingue las clases de palabras, su formación y la derivación de las mismas.

Dos son los tipos de palabras: las flexivas, en las que se incluyen los nombres y verbos, y las no flexivas donde se encuentran las preposiciones y las partículas. Al analizar la estructura gramatical de cualquier forma nominal se indica que está formada por raíz, sufijo temático y sufijo flexional. Probablemente, la mayor aportación haya sido el delimitar la noción de raíz y como consecuencia de ello las de afixo, desinencia y flexión, porque sólo así se podía describir cómo estaban formadas las palabras y llegar al concepto que hoy tenemos de morfema. No hemos de olvidar tampoco la descripción funcional que realizan de las formas así como la primacía que dan a la palabra sobre la oración, etc.

La noción de raíz como elemento invariable en la flexión fue conocido también por los gramáticos medievales gracias al estudio de las lenguas semíticas; sin embargo, el mayor influjo ejercido por los gramáticos grecolatinos hizo que se mantuviera como centro y modelo de la descripción gramatical la palabra y el paradigma.

Panini, a diferencia de los griegos, no dio un enfoque filosófico a su gramática; su obra no es otra cosa que el análisis de las estructuras de las palabras en primer lugar, y de la significación de cada uno de los elementos, después. Más tarde, emprenderá el estudio de los vocablos como portadores de significación(68).

Siglo XIX

El siglo XIX va a conocer la eclosión de los estudios histórico y comparado de las lenguas indoeuropeas ante el descubrimiento de lenguas hasta ahora ignoradas y que guardan con el griego y el latín "una afinidad tanto en las raíces de los verbos como en las formas gramaticales más fuerte de lo que posiblemente hubiera podido producirse por accidente: tan fuerte en realidad, que ningún filólogo podría examinar todas aquellas lenguas sin llegar a la conclusión de que se han originado en alguna fuente común que quizá ya no exista"(69). Con esta declaración de Sir William Jones, se había plantado la base para un estudio científico del lenguaje que hasta ahora había tenido un carácter filosófico. La nueva orientación dará lugar a lo que se conocerá con el nombre de Gramática Comparada. Se abandona, por tanto, el estudio sincrónico del lenguaje y se asienta la idea fuertemente asentada de que la lengua no sólo es naturaleza sino también historia y se intenta asimismo explicar una serie de hechos lingüísticos por factores extralingüísticos.

En este estado de cosas, el estudio de la palabra, que en épocas anteriores constituyó el eje sobre el que giró la investigación lingüística, pasará por imperativo de las nuevas tendencias investigadoras a un plano secundario. El léxico se subordina al análisis de las estructuras gramaticales, ya no interesa la palabra y su relación con lo que designa, sino en cuanto integrada en un sistema. La lexicología ha sufrido, en suma, un profundo cambio de orientación en el siglo XIX como lo ha sufrido en general el análisis lingüístico porque "on ne considère plus alors la "grammaire" des

lenguas como la realización plus o menos perfecta d'un système universel de nature logique. Le mot cesse d'être étudié primordialmente como un signe; pour la première fois depuis l'antiquité indienne, il devient une forme qu'il faut observer dans sa nature phonétique et morphologique. De forme en forme, les comparaisons permettront de retracer inductivement l'histoire des langues, par celle de leurs éléments"(70).

De ello da fe Friedrich von Schlegel cuando al hablar de la estructura gramatical de las gramáticas india, griega y latina aduce que "lo esencial es que se basan en el mismo principio, es decir, que las relaciones y significaciones secundarias se dan a conocer no por la agrupación de partículas o mediante verbos auxiliares, sino por la flexión, esto es, por la modificación interna de las raíces"(71), con lo que viene a sustituir la doctrina defendida por los filósofos racionalistas. Los comparatistas se centran, pues, en el análisis de la morfología flexional y derivacional, primero del sánscrito y, posteriormente, de las lenguas indoeuropeas entre las que sobresalen el latín y el griego. Lingüistas como el danés Rasmus Rask o los alemanes Jacob Grimm, Franz Bopp y Wilhelm von Humboldt son buena prueba de ello. En general, pretenden describir las lenguas objeto de su estudio e investigar qué leyes las rigen así como hallar el origen de sus formas flexivas(72).

F.Bopp, al estudiar el sistema verbal del antiguo indio, intenta demostrar que "los accidentes se expresan por medio de las consiguientes modificaciones de la raíz, pero teniendo en cuenta que a veces el verbum abstractum está fundido con la sílaba radical a una palabra y que sílaba radical y verbo auxiliar se reparten las funciones gramaticales del verbo"(73), y

que todas las lenguas que procedan de una matriz común, ningún accidente se expresa por medio de una flexión que no sea común a la lengua de donde deriva.

W. von Humboldt, de espíritu abierto a todo tipo de conocimiento, considera el lenguaje como una manifestación del espíritu humano en constante creación y no como algo acabado, perfecto. Para él la perfección de una lengua se encuentra en el equilibrio que debe existir entre los dos elementos que la componen: el sonido o elemento material y la idea o cosa significada como parte inmaterial; el elemento integrador de ambos conceptos, la palabra, es definida como "le signe d'une action particulière. Les mots renferment ainsi une double unité: celle du son et celle de l'idée, et ainsi constitués deviennent les véritables éléments de la parole, du discours(...)"(74).

Estudia también los elementos y modificaciones que presentan las lenguas y cuya primera modificación es la flexión o declinación. Tal cambio surge por la necesidad imperiosa de la lengua de dar a la palabra un doble valor sin necesidad de cambiar la naturaleza de la misma. La palabra flexionada contiene, por consiguiente, un doble significado: por un lado, expresa la idea, la noción o concepto; por otro, la categoría formal a que pertenece dicho concepto. Para ello la palabra debe sufrir una transformación que puede producirse de dos maneras: por cambio interior de su forma o por adición de un nuevo elemento; ambos casos expresan qué relación hay entre las palabras porque la diferencia entre sufixación y flexión radica en que el sufijo tiene un significado anterior perfectamente definido en tanto que la terminación flexiva, por sí misma, nunca ha tenido significación.

La flexión es inseparable de los siguientes fenómenos que se oponen entre sí: por un lado, de la unidad e independencia de la palabra, por otro, del vínculo con otras palabras con las que agrupadas forman la frase. Para Humboldt, en fin, los signos que señalan la unidad de la palabra en el discurso son: la pausa, el cambio de letras y el acento. (75)

El indoeuropeísta August Schleicher clasificó las lenguas según su estructura interna en aislantes aglutinantes y flexionales, división que realiza según criterios lingüísticos y observando la estructura morfológica de las lenguas. No considera la lengua como hecho social sino como obra de la naturaleza y, por consiguiente, con existencia propia e independiente de los seres humanos; el estudio de la lengua, así concebido, no es ciencia humana sino natural y evoluciona por ser un organismo. Se aporta así a la lingüística las ideas que Darwin había expuesto en el Origen de las especies.

En las lenguas aislantes, las palabras son unidades que no se pueden analizar porque en ellas no se distingue el radical y sus elementos gramaticales; así se piensa en el siglo XIX que es el chino. En su evolución, se convirtieron en aglutinantes, esto es, lenguas cuyas palabras tienen radical y elementos gramaticales pero carecen de leyes fijas para formar nuevas palabras: por ejemplo, el turco. Un tercer estadio más evolucionado las convierte en flexionales en donde la estructura interna de las palabras está regida por leyes fijas: la palabra tiene radical y elementos gramaticales y ambos están regidos por leyes morfológicas: por ejemplo, las lenguas indoeuropeas (76).

A.F.Pott afirma que la raíz de la palabra no existe como tal sino que es pura abstracción; lo que se considera así no es más que una palabra: "véase -asevera Pott- el inglés right, que, sin embargo, tiene una t de más para poder ser una raíz; es sólo tema; este right sigue siendo internamente el mismo y también plural, según la forma externa, aunque lo último por pérdida; ahora bien, désele distintas posiciones en el discurso y será, según ella, verbo, sustantivo, adjetivo, adverbio, esto es, se dará a la misma materia, sólo gracias a la colocación, una forma interna distinta, sin que ésta sea externamente representada en ella"(77).

A finales del siglo XIX se produce la controversia lingüística entre los defensores de la Gramática Comparada que propugnan la reconstrucción de la lengua madre indoeuropea mediante la comparación de las lenguas que de ella derivan y que defienden a ultranza el concepto de ley fonética con excepciones, y los llamados Neogramáticos que sostienen, por el contrario, que las leyes fonéticas no admiten excepciones. Aceptan, en cambio, que en el lenguaje humano actúan dos fuerzas principales: una física que produce la alteración de sonidos y otra síquica que ocasiona la mudanza analógica(78). La nueva doctrina constata la regularidad de las palabras no sólo como componentes de una estructura gramatical sino también en sus constituyentes fónicos, con lo que alientan poderosamente el análisis etimológico.

La lingüística, pues, hasta el siglo XIX no es otra cosa que una ciencia de observación y de inducción cuyo centro, sobre el que giraba la ciencia lexicológica, era la palabra considerada como signo y sobre la que se forjaron numerosas hipótesis filosóficas hasta llegar al siglo XVIII. En este siglo, las hipótesis

de siglos anteriores dejaron paso a otras cuestiones originadas por el descubrimiento del sánscrito. De esta manera, el estudio del vocabulario y de las palabras pasarán a ocupar un lugar muy secundario debido a la nueva orientación lingüística que optará por reconstruir los sistemas gramaticales de las lenguas primitivas o su estudio en unidades aisladas como medio de observación para señalar la regularidad de las leyes fonéticas(79). Frente a la gramática tradicional que seguía las directrices emanadas de Dionisio de Tracia, los estudios gramaticales en su esencia habían cambiado muy poco; sólo sufrieron gran modificación la Morfología y sobre todo la Fonética.

Las gramáticas de los neogramáticos no abarcaban más que los estudios fonéticos y los morfológicos; ni la semántica ni la sintaxis fueron objeto de su atención aun cuando desde la Antigüedad su estudio había sido abordado. En esta situación de abandono semántico será Michel Bréal el que, en su obra Essai de sémantique, subrayará la importancia de la significación de la palabra frente a la excesiva valoración que de las leyes fonéticas habían hecho los neogramáticos.

Para los lingüistas, la palabra ha dejado de ser el elemento básico y su lugar será ocupado por el morfema como unidad mínima de la gramática. A partir de ahora, la gramática se construirá sobre la nueva unidad y las palabras pasarán a ocupar un lugar de menor importancia en el sistema junto a otros grupos como el sintagma y la cláusula(80).

Saussure

Ferdinand de Saussure, considerado el fundador de la lingüística moderna, es un lingüista de formación neogramática, sin embargo, el fruto de su pensamiento lingüístico, el Cours de Linguistique Générale, publicado por sus discípulos tras la muerte del maestro, hará cambiar el curso de las investigaciones volviendo de nuevo al estudio de la lingüística general que el siglo anterior había abandonado quizá debido al recuerdo de la Gramática General de Port-Royal. Saussure, en fin, continuará la tradición lingüística francesa ateniéndose a principios más científicos y renunciando al apriorismo de la gramática general(81).

El profesor ginebrino comienza aceptando la lengua como un sistema en donde las unidades lingüísticas no tienen realidad alguna fuera de su relación con el todo; rechaza así la teoría tradicional que consideraba el significado como un atributo de la palabra. Para Saussure, la palabra tiene valor si dentro del sistema se encuentra en relación sintagmática o paradigmática ('asociativa' en la denominación de Saussure). Dentro de este sistema incluye el léxico y se pregunta si debe ser objeto de análisis gramatical. A ello responde que "a primera vista, las palabras, tal como el diccionario las registra no parecen dar ocasión de estudio gramatical, que se limita generalmente a las relaciones existentes entre las unidades. Pero en seguida se comprueba que gran número de esas relaciones se pueden expresar tan perfectamente por medio de palabras como por medios gramaticales(...). Generalmente la preposición se incluye en la gramática; sin embargo la locución preposicional en consideración a es esencialmente léxica, puesto que la palabra consideración figura

en ella con sentido propio. Si se comparan el griego peitho : peithomai con el español persuado : obedezco, se ve que la oposición se expresa gramaticalmente en griego y léxicamente en español. Multitud de relaciones expresadas en unas lenguas por casos o por preposiciones, en otras se expresan por compuestos, ya más próximos a las palabras propiamente dichas (esp. reino de los cielos y alem. Himmelreich), o por derivados (esp. molino de viento y polaco Wiatr-ak) o, en fin, por palabras simples (fr. bois de chauffage y ruso дрóvá, fr. bois de construction y ruso лѐs). La alternancia de palabras simples y de locuciones compuestas en el seno de una misma lengua (cfr. considerar y tener consideración, vengarse y tomar venganza) es asimismo muy frecuente" (82). De ello infiere Saussure que desde el punto de vista funcional, el hecho lexicológico se puede confundir con el sintáctico; por tanto, las divisiones de la gramática tradicional no corresponden a distinciones naturales.

Observa cómo la gramática tradicional incluye en su ámbito de estudio la morfología y la sintaxis en tanto que margina el léxico. Por un lado, la morfología analiza las categorías gramaticales y las formas de flexión; por otro, la sintaxis estudia las funciones propias de las unidades lingüísticas. Rechaza la división por engañosa y aparente dado que "las formas y las funciones son solidarias, y es difícil, por no decir imposible, el separarlas. Lingüísticamente la morfología no tiene objeto real y autónomo; no puede constituir una disciplina distinta de la sintaxis" (83), por tanto, "la interpenetración de la morfología, de la sintaxis y de la lexicología se explica por la naturaleza en el fondo idéntica de todos los hechos de sincronía. Y no puede haber entre ellos ningún límite tra-

zado de antemano. Sólo la distinción arriba establecida entre relaciones sintagmáticas y relaciones asociativas sugiere un modo de clasificación que se impone por sí mismo, el único que se puede poner como base del sistema gramatical"(84).

El léxico, analizado desde un punto de vista funcional, presenta características propias que permite ser estudiado por sí mismo. La gramática estudia la morfología y la sintaxis por su perfecta adaptación al sistema regular de la lengua y por presentar pocos elementos arbitrarios; el léxico, en cambio, queda excluido por presentar, al menos en apariencia, una forma demasiado arbitraria y no adecuarse a la regularidad del sistema. Este planteamiento lo rechaza Saussure al no aceptar de forma absoluta la idea generalizada de que el léxico es arbitrario; más bien defiende que la arbitrariedad léxica es un concepto relativo en tanto se nos manifiesta como un todo organizado dentro de un sistema en el que cada unidad debe tener necesariamente su correlato. Y es relativo, además, porque la evolución morfológica y semántica de las unidades léxicas permite observar una serie de regularidades que se acomodan al sistema(85). Si el léxico forma construcciones del tipo tractor-tractorista, andaluz-andalucista, central-centralista, etc., es porque el sistema lo acepta habida cuenta de la existencia de las formas análogas máquina-maquinista, legal-legalista, tradicional-tradicionalista, etc. La analogía, en fin, permite observar el sometimiento del léxico al sistema y demuestra que la formación analógica no altera ni destruye las clasificaciones lingüísticas sino más bien las enriquecen.

Bloomfield

Tras la publicación del Curso de Lingüística General de Saussure, los estudios y trabajos sobre lingüística descriptiva proliferarán tanto en América como en Europa. Entre los americanos cabe destacar, entre otros, a Leonard Bloomfield, lingüista de clara formación histórico-comparatista que cambió su concepción lingüística bajo el enorme influjo recibido en los primeros años del siglo XX de los defensores y propagadores de las teorías de los sicólogos conductistas y mecanicistas. Su interés por el estudio y la descripción de las lenguas amerindias condicionan la nueva dirección que van a tomar los estudios descriptivos.

Para la descripción de los hechos lingüísticos propone postulados sumamente amplios, más que definiciones, con el fin de que puedan ser válidos para todas las lenguas. El método que sigue no es otro que el matemático porque trata de evitar que los hechos lingüísticos sean definidos mediante factores ajenos a la lingüística como pueden ser los elementos psicológicos o semánticos. Conforme había insistido Bloomfield, "los lingüistas americanos centraron su atención en el análisis formal por medio de operaciones y conceptos susceptibles de descripción objetiva"(86). Y así la palabra, que en la tradición occidental había sido considerada como algo previamente existente, según hemos explicado más arriba, va a ser puesta en entredicho porque "la experiencia del análisis de las lenguas no escritas y la necesidad de elaborar teorías y procedimientos gramaticales que puedan ser aplicables a cualquier lengua han mostrado que las palabras no deben asumirse como existentes desde el comienzo, sino que deben ser establecidas como unidades gramaticales de

la lengua que se investiga. Por naturaleza son unidades de la lengua como sistema en lugar de unidades del habla, por lo que no están, excepto en circunstancias muy excepcionales, delimitadas por pausas entre las palabras al modo en que las palabras impresas se hallan delimitadas en el alfabeto latino por espacios en blanco"(87). Bloomfield, consecuente con sus planteamientos, acomete el análisis de la palabra desde un punto de vista formal y no semántico, y señala que los elementos sonoros significativos son formas así como los elementos estímulo-reacción son significados. Según esto, la lengua de una comunidad lingüística no es otra cosa que el conjunto de las manifestaciones realizadas en dicha comunidad.

Define el morfema como la forma significativa que no puede analizarse en formas más pequeñas. Para él, dos son las clases de formas que hay en una lengua: libres y vinculadas. Son libres si expresan una manifestación: libro, hombre, etc.; y vinculadas si lo manifestado en segundo lugar se diferencia por el significado de la forma libre: -ero en cajero(88). De ahí su definición de la palabra como "una forma que puede ser expresada sola (con significación), pero no puede ser analizada en partes que (todas aisladamente) puedan ser expresadas (con significación)"(89), es decir, 'una forma libre mínima'(90). Ahora bien, como base para definir la palabra esta definición ha sido puesta en entredicho. Según ello, la forma latina et, o las conjunciones españolas o, y, etc., serían palabras. Por esa razón muchos lingüistas aceptan con recelo la definición de Bloomfield aunque la admiten como criterio válido para reconocerlas(91).

Puesto en cuarentena el concepto de palabra Bloomfield consideró casi inútil el estudio del léxico por no ser más que un conjunto de irregularidades difíciles de estructurar frente a la regularidad que presenta el sistema. De su análisis se deriva que el léxico de una lengua está formado por un número indeterminado de elementos irreductibles en un sistema que parece sustraerse a toda estructuración. De él excluye los morfemas gramaticales por varias razones: por cumplir una función de relación, por pertenecer al sistema y existir, además, en número limitado.

La Lingüística moderna

Aunque la gramática tradicional, según hemos referido antes, se ha construido sobre la palabra como unidad básica y previamente existente, muchos lingüistas opinan que es el momento de reconocer como unidad mínima no la palabra sino el morfema y, por consiguiente, sobre él se debe construir y asentar la gramática y relegar la palabra a lugares de menor importancia aunque reconociendo que es una realidad que forma parte de complejos superiores como la frase, la proposición y la oración, y que contiene, a su vez, unidades inferiores como son los morfemas y los fonemas. Otros consideran pertinente mantener la palabra como unidad gramatical básica o fundamental, aunque no mínima, porque con ello se puede mantener la división gramatical de la mayoría de las lenguas en morfología y sintaxis.

Es cierto, sin embargo, que la palabra es una unidad intuitiva y práctica y que al centrarse este concepto principalmente en la escritura muchos llegan a considerar como palabra todo lo que se encuentre entre dos espacios sucesivos. Malinowski llegó a decir que las palabras "son de hecho tan sólo ficciones lingüísticas, productos de un análisis lingüístico avanzado"(92); mas, una experiencia distinta demuestra, como refiere Edward Sapir, que la palabra es una verdadera unidad formal del habla llegándose a definir como "uno de los pedacitos más pequeños, y completamente satisfactorios, de "significado" aislado en que se resuelve la oración"(93). Se niega asimismo a considerar la palabra como una abstracción porque el hablante nativo que en su lengua carece de escritura aísla perfectamente las palabras repitiéndolas como unidades separadas

y rehúsa desunir el elemento radical o gramatical porque para él, el nativo, tal hecho carece de sentido.

Según Charles F. Hockett dos son los criterios básicos necesarios para llegar a definir la palabra: la pausa y la aislabilidad; en el primer caso, considera palabra "todo segmento de oración limitado por puntos sucesivos en los que es posible hacer una pausa"(94). Una oración como el perro juega con la pelota constaría de seis palabras definidas por la posibilidad de realizar una pausa antes y después de cada una de ellas; la definición, empero, no resuelve la dificultad de si expresiones como ábreme, póntelo, etc., son en realidad una o dos palabras, y qué sucede con las formas compuestas del tipo paraguas, bocacalle, entresuelo, etc., y otras similares. En el segundo supuesto, esto es, la aislabilidad, Hockett considerará las palabras como formas gramaticales cuando sean formas separable mínimas, es decir, cuando por sí solas formen una emisión con entonación: ¿Pedro?, ¿tren?, ¡sal!, etc. Las que carezcan de dicha cualidad son consideradas formas inseparables: por ejemplo, el sufijo -ista de caballista.

Muchos lingüistas abogan aún en defensa del término tradicional de palabra aunque lo circunscriben sólo para las lenguas de tipo indoeuropeo fundamentalmente; otros, por el contrario, rechazan categóricamente la noción: la crítica más fuerte proviene de los defensores de la glosemática. Hjelmslev, su creador, ha elaborado una teoría basada en las relaciones entre la sustancia de la expresión y la del contenido con las formas que les corresponden y que forman la lengua. El lingüista danés señala que la estructura gramatical del griego y del latín ha condicionado necesariamente la estructura gramatical de las lenguas actuales por someterse a las estructuras de las lenguas clásicas citadas.

Tanto el griego como el latín presentan la palabra y la proposición como elementos que gozan de relativa autonomía; la morfología estudia la palabra y la sintaxis la proposición. No cabe duda que de haber tenido ambas lenguas otra configuración estructural, es decir, si las lenguas en cuestión hubieran sido analíticas, no sintéticas, la teoría gramatical expuesta por griegos y latinos hubiera sido harto diferente. Define además la palabra señalando que "el sintagma minimal (que se recubre frecuentemente con la palabra) consiste en una base (expresada por un tema) semantemática y una característica (expresada frecuentemente por una desinencia) morfemática; el hecho es que la base y la característica son funciones una de otra, y que la característica sirve para determinar la base, que define el semantema y el morfema respectivamente"(95).

L.Hjelmslev critica a Saussure por subordinar la lexicología a la gramática, cosa en lo que no está de acuerdo, porque la palabra es una unidad independiente tanto de los semantemas como de los morfemas que la componen. La lexicología y la semántica analizan, pues, la palabra sin atender a sus elementos, en tanto que la gramática tiene por objeto no sólo el análisis de los semantemas y los morfemas considerados individualmente sino que también considera sus relaciones mutuas(96).

El profesor danés apoya de alguna manera lo manifestado por Bloomfield cuando escribe que "el vocabulario es inestable, cambia constantemente, hay en un estado de lengua un vaivén incesante de palabras nuevas que son forjadas a voluntad y según las necesidades, y de palabras antiguas que caen en desuso y desaparecen. En resumen, el vocabulario se presenta a primera vista como la negación misma de un estado, de una estabilidad, de una sincronía, de una estructura. A primera vista,

el vocabulario es caprichoso y justamente lo contrario de una estructura"(97). Y algo más adelante continúa: "todo ensayo de establecer una descripción estructural del vocabulario, y, con mayor razón, una semántica estructural parece estar abocado al fracaso y se convierte en fácil presa del escepticismo. Esta es también la razón por la que la lexicología sigue siendo una casilla vacía en la sistemática de nuestra ciencia, y por la que se reduce a ser sólo una lexicografía, o simple enumeración de un efectivo inestable e indeciso de ciertas magnitudes mal definidas a las que se atribuyen una confusión inextricable de múltiples empleos diferentes y aparentemente arbitrarios. Finalmente, también es esa la razón por lo que la semántica, ese fruto tardío entre las disciplinas lingüísticas, ha nacido de un dia-cronismo y en parte de un psicologismo exclusivos, y tiene dificultades para encontrar sus bases en los marcos de una lingüística estructural"(98).

Émile Benveniste defiende el uso del vocablo "palabra" cuando escribe: "para comodidad de nuestro análisis podemos (...) clasificar los signos como una sola especie, que coincidirá prácticamente con la palabra"(99), término que considera no sólo cómodo sino también insustituible. Entre los que no rechazan el término palabra se dan asimismo múltiples definiciones porque, como afirma Sorin Stati, "si basano su diverse funzioni della parola ed utilizzano criteri diversi"(100), en definitiva, cada autor defiende el aspecto particular que conviene a su planteamiento.

Para los que defienden el concepto con criterios lógicos y semánticos, las palabras designan y expresan nociones; es decir, consideran que la palabra es un conjunto de sonidos vocálicos que tienen significado; sus máximos valedores son los que se ocupan de la semán-

tica lógica y de la teoría del conocimiento (Carnap, Cassirer, B. Russell, etc.)(101). Las definiciones de tipo lógico-semántico se refieren, por regla general, a la palabra como elemento invariable del plano léxico de la lengua, esto es, al lexema.

Entre los que definen la palabra basándose en criterios semánticos y gramaticales hay que destacar, sin lugar a dudas, la figura de A. Meillet para quien "una palabra resulta de la asociación de un sentido dado a un conjunto dado de sonidos, susceptible de un empleo gramatical dado". Viggo Brøndal, sin embargo, señaló que la forma exterior de una palabra no es fija y que puede modificarse con las terminaciones (ando, andas, andamos), con la alternancia y con la inflexión vocálica"(102). A causa de la confusión entre palabra como unidad léxica y palabra como una de las formas paradigmáticas de un lexema capaz de realizar una función sintáctica, algunos lingüistas se preguntan si en realidad formas como ando, andas, andamos, etc., son tres palabras o, por el contrario, tres formas diferentes de la misma palabra(103).

Frente a los defensores de mantener el término palabra como unidad lingüística, se alza André Martinet, quien duda incluso de la posibilidad de lograr una definición válida para todas las lenguas. Lo único factible será, pues, tratar de encontrar la definición más idónea en cada lengua particular. Al hablar de las unidades significativas manifiesta que "hay una unidad que es inferior o idéntica a aquella que corrientemente se llama palabra, y que yo, por mi parte, llamo monema" (104). Y en otro lugar afirma que el monema como unidad mínima de significación puede aparecer varias veces en lo que normalmente se conoce como palabra, o dicho de otra forma, que una palabra puede estar formada de va-

rios monemas(105). La noción de palabra, por tanto, depende de múltiples factores y uno de ellos es saber qué unidades se deben escoger cuando hablamos. La definición de la unidad léxica en el discurso pasa por el estudio de las relaciones sintagmáticas que designan las relaciones horizontales, esto es, in praesentia en la cadena hablada y después por la de las funciones gramaticales. Junto a las relaciones sintagmáticas que analizan términos en contraste, las relaciones paradigmáticas, que se establecen in absentia y pertenecen al sistema de la lengua, se excluyen en el mismo contexto y reciben el nombre de oposiciones. Aun reconociendo la viabilidad de ambos tipos de relaciones entre las unidades lingüísticas, Martinet duda de su organización en el sistema cuando escribe: "tant que l'on a affaire à des unités signifiantes dont la valeur dénotative est imprécise et dont la valeur relationnelle est élevée, c'est-à-dire les morphèmes grammaticaux, le parallélisme structural entre les deux plans (de l'expression et du contenu) peut être aisément conservé; mais le lexique proprement dit semble beaucoup moins facile à réduire à une structuration, dès qu'on a épuisé certains domaines particulièrement favorables, tels que les termes de parenté, les numéraux et quelques autres"(106).

Trnka, por otro lado, nos advierte que la palabra hay que concebirla como "una unidad formada por fonemas, capaz de ser desplazada y capaz de oposición semántica"(107). Su definición, sin embargo, no implica sólo el criterio semántico sino también el de desplazamiento. Para los defensores del criterio semántico la palabra está determinada semánticamente por su significado, sin embargo, este criterio presenta problemas para determinar el morfema. Muchos lingüistas lo rechazan por ser engañoso.

Otros estudiosos del tema prefieren definir la palabra siguiendo otros criterios como los de separabilidad, sustitución y desplazamiento, criterios muy conectados entre sí aunque esto no significa que cualquiera de ellos pueda existir independientemente de los demás. Entre los que defienden el criterio de la separabilidad de las palabras así como la posibilidad de su sustitución o intercambio por otras dentro de la oración es Vladimír Hořejší quien la define del siguiente modo: "le mot est la plus petite unité interchangeable de la phrase qui est capable de la former à elle seule" (108). El mismo autor no considera seguro el criterio de desplazamiento por estar restringido a la capacidad combinatoria de las palabras. Un cambio de orden puede conllevar una mutación significativa: un hombre pobre - un pobre hombre.

Hay quien prefiere el criterio de la cohesión de los elementos de la palabra entendiendo por ello la imposibilidad de inserción de componente alguno, si bien es cierto que la actuación de las diferentes lenguas siguen distintos comportamientos en este sentido. Greenberg considera que la palabra se presenta en la lingüística descriptiva como la línea divisoria entre dos niveles de construcciones: el morfológico y el sintáctico. Ahora bien, para definir la palabra considera necesario exigir el cumplimiento de una serie de hechos: en primer lugar, la palabra debe consistir en una serie continua de fonemas de modo que cada enunciado de la lengua pueda dividirse en un número finito de palabras; y, en segundo lugar, se debe suponer que cada límite de palabra será límite de morfema, en tanto que algunos límites de morfemas, no serán límites de palabras, sino límites internos. En definitiva, se puede afirmar que una palabra es una unidad ininterrumpida en el interior de

la cual es imposible insertar nada(109). De la misma opinión viene a ser el profesor Robins cuando señala como hecho básico la imposibilidad de separar sus elementos formantes para introducir otros componentes, es decir, las palabras no permiten una reorganización interna de sus elementos constitutivos.

Otros, además de la cohesión o estabilidad de la palabra, consideran fundamental el orden fijo de los elementos constitutivos - aunque en este sentido sólo es válido para las lenguas flexivas, no así para las aglutinantes - e incluso hay quien habla de que en la palabra es imposible la construcción recursiva que, en cambio, es normal en las oraciones de relativo(110).

A. Rosetti la examina desde la perspectiva funcional porque considera que una palabra tiene una significación bien distinta según se halle inserta en una oración o, por el contrario, se encuentre aisladamente. Frente a la precisión significativa de la primera, la palabra aislada se caracteriza por su imprecisión e indeterminación(111).

Jiří Krámský da una definición de palabra lo suficientemente amplia con el propósito de que sea válida para el mayor número de lenguas posible: "la palabra es la menor unidad independiente del lenguaje que hace referencia a cierta realidad extralingüística o a una relación de tales realidades y que se caracteriza por ciertos rasgos formales (acústicos, morfémicos) bien de hecho (como componentes independientes del contexto) o potencialmente (como unidades del plano léxico)"(112). El mismo hace una crítica sobre los puntos débiles de la definición de la palabra y que la han llevado prácticamente a la casi imposibilidad de definirla. Al decir que la palabra es la unidad independiente del len-

guaje diferencia la palabra del morfema ligado que carece de existencia propia. En su definición incluye además la referencia a la realidad extralingüística, es decir, el significado así como el carácter relacional de las palabras, lo que le permite incluir dentro de su definición las palabras sinsemánticas que obviamente son excluidas de las definiciones basadas en el significado. Por último, la parte de su definición que habla de algunos rasgos morfémicos permite ajustar aquellos casos en los que en un contexto una parte de una unidad de palabra se encuentra separada de otras unidades; tal es el caso de los prefijos separables en las palabras alemanas einladen 'cargar en' o aufstehen 'levantarse'. De los criterios que se han dado sobre la palabra, J. Krásový considera que el más idóneo y certero es el de la sustitución.

Knud Togeby alude a tres diferentes tipos de definición de palabra: a) la analítica, que determina la palabra por su independencia y que rige en la lingüística americana. La definición más característica es la de Bloomfield aunque también podría admitirse dentro de la definición analítica -entre los europeos- la de É. Benveniste quien afirma que "la palabra puede definirse como la menor unidad significativa libre susceptible de efectuar una frase, y de ser ella misma efectuada por fonemas" (113) b) La sintética, en la que la palabra se definirá por la construcción tema + flexivo, análoga a la de Kjelmslev, tema + característica intensa. Según esta definición, las interjecciones, conjunciones, etc., es decir, los elementos carentes de declinación no son realmente palabras. c) Definición operacional: para evitar el inconveniente de no considerar como palabras los elementos indeclinables, K. Togeby introduce una nueva definición según la cual la palabra "se

définit alors comme appartenant à l'inventaire comprenant les unités les plus petites capables de jouer le rôle de phrase" (114). En este sentido, las interjecciones, las preposiciones, etc., son palabras porque desempeñan una función en la oración.

Bernard Pottier, finalmente, señala que la palabra "es la unidad mínima construida" y la considera como una unidad transitoria, hacia un nivel superior, funcional. Habla de la existencia de tres clases de palabras: lexicales - que tienen un lexema y uno o más gramemas terminales, además de la posibilidad de añadir prefijos y sufijos -, gramaticales - formadas por uno o varios gramemas o morfemas gramaticales: fr. à; esp. est-a-s - y los sustitutos - como los pronombres (él), los pro-circunstanciales (aver), y los pro-enunciados (no) (115).

NOTAS

- 1) Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, "Lingüística antigua y medieval", en Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje, Buenos Aires, Edit. Siglo XXI, 1974, pág.60.
- 2) Cf. A.Rey, La lexicologie, Paris, éditions Klincksieck, 1970, pág.5.
- 3) Ibidem, pág.5.
- 4) O.Ducrot y T.Todorov, ob. cit., pág.60.
- 5) R.H. Robins, Breve historia de la lingüística, Madrid, Edit. Paraninfo, 1974, pág.33. Vid. también las páginas 21-22 de la misma obra.
- 6) J.Alcina y J.M.Blecua, Gramática Española, Esplugues de Llobregat, Edit. Ariel, 1975, pág.43.
- 7) Cf. R.H. Robins, ob. cit., pág.32.
- 8) Ibidem, pág.34.
- 9) Cf. A.Rey, ob. cit., pág.7.
- 10) Ibidem, pág.7.
- 11) J.Alcina y J.M.Blecua, ob. cit., págs.45-46.
- 12) Cf. H.Arens, La lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días, I, Madrid, Edit. Gredos, 1975, pág.31.
- 13) Cf. J.Alcina y J.M.Blecua, ob. cit., pág.47.
- 14) Ibidem, pág.47.
- 15) R.H. Robins, ob. cit., págs.34-35.
- 16) Ibidem, pág.35.
- 17) Ibidem, pág.35.
- 18) Ibidem, págs.42-43.
- 19) Cf. A.Rey, ob. cit., pág.71.
- 20) Cf. R.H. Robins, ob. cit., págs.57-58.
- 21) Francisco Marcos Marín, Lingüística y lengua española. Introducción histórica y métodos, Madrid, Edit. Gincel, 1975, pág.129.

- 22) J.Alcina y J.M.Blecua, ob. cit., pág.49.
- 23) J.Roca-Pons, El lenguaje, Barcelona, Edit. Teide, 1973, pág.310.
- 24) J.Alcina y J.M.Blecua, ob. cit., pág.50.
- 25) Cf. R.H. Robins, ob. cit., págs.63-64.
- 26) Ibidem, pág.65.
- 27) Ibidem, pág.61.
- 28) Ibidem, pág.68.
- 29) F.Marcos Marín, "Observaciones sobre la gramática en la Edad Media Occidental", en Serta Philologica F.L. Carreter, I, 1983, pág.345.
- 30) F.Marcos Marín, Lingüística..., pág.134.
- 31) Cf. R.H. Robins, ob. cit., pág.82.
- 32) Cf. G.L. Bursill-Hall, Grammatica Speculativa of Thomas of Erfurt, London, Longman, 1972, pág.22.
- 33) Ibidem, págs.38-39.
- 34) John Lyons, Introducción en la lingüística teórica, Barcelona, Edit. Teide, pág.15.
- 35) Cf. Bursill-Hall, ob. cit., págs.24-29.
- 36) Silvio Elia, "De l'Ars grammatica à la Grammatica Speculativa", en Studia Linguistica in Honorem E. Coseriu, I, 1981, pág.172.
- 37) Ibidem, pág.173.
- 38) R.H. Robins, ob. cit., págs.84-85.
- 39) Ibidem, pág.85.
- 40) Ibidem, pág.86. Vid. asimismo Bursill-Hall, ob. cit. pág.99.
- 41) Cf. J.Alcina y J.M.Blecua, ob. cit., págs.60-61.
- 42) R.H. Robins, ob. cit., pág.103.
- 43) Antonio de Nebrija, Gramática castellana, estudio y edición de Antonio Quilis, Madrid, Editora Nacional, 1980, pág.164.
- 44) Ibidem, pág.47.
- 45) Ibidem, pág.111.

- 46) Francisco Sánchez de las Brozas, Mine... (Libro I, cap. II). Tomado de F. Marcos Marín, Lingüística... pág.140, nota 313.
- 47) F. Marcos Marín, Lingüística... pág.141.
- 48) R.H. Robins, ob. cit., pág.104.
- 49) Ibidem, pág.105.
- 50) Emilio Alarcos Llerach, Gramática Estructural, Madrid, Edit. Gredos, 1969, págs.11-12.
- 51) Ibidem, pág.12.
- 52) Cf. Roland Donzé, La gramática general y razonada de Port-Royal. Contribución a la historia de las ideas gramaticales en Francia, Buenos Aires, EUDEBA, 1970, págs.36-38.
- 53) A. Arnauld y P. Nicole, Logica, II, c.I, p.187: c. agregado en 1683. Tomado de Roland Donzé, ob. cit., pág.40.
- 54) R. Donzé, ob. cit., pág.40.
- 55) Ibidem, págs.42-43.
- 56) A. Arnauld, "Apología para las religiosas de Port-Royal" (1665), en Oeuvres de Messire Arnauld, t.23, págs.563-564. Tomado de R. Donzé, ob. cit., pág.43.
- 57) Cf. R. Donzé, ob. cit., pág.43.
- 58) Ibidem, págs.52-53.
- 59) R.H. Robins, ob. cit., pág.125.
- 60) R. Donzé, ob. cit., pág.19.
- 61) E. Arens, ob. cit., pág.185.
- 62) Georges Mounin, Historia de la lingüística desde los orígenes al siglo XX, Madrid, Edit. Gredos, 1968, pág.157.
- 63) Cf. James Harris, ob. cit.. Tomado de R.H. Robins, ob. cit., págs.152-153. Vid. también J. Alcina y J. M. Blecua, ob. cit., pág.81 y A. Llorente, Teoría de la Lengua e historia de la Lingüística, Madrid, Ed. Alcalá, 1967, págs.248-251.

- 64) F. Marcos Marín, Lingüística..., pág. 160.
- 65) R.H. Robins, ob. cit., pág. 155.
- 66) Cf. F. Marcos Marín, Lingüística..., pág. 165. Vid. F. Lázaro Carreter, Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XIII, Madrid, C.S.I.C., 1949.
- 67) Cf. O. Ducrot y T. Podorov, ob. cit., págs. 235-236.
- 68) Para la elaboración de este apartado se han tenido en cuenta las obras citadas de John Lyons, Introducción...; H. Arenas, La lingüística...; R.H. Robins Breve historia..., y G. Mounin, Ha de la lingüística....
- 69) John Lyons, ob. cit., pág. 24.
- 70) A. Rey, ob. cit., pág. 51.
- 71) H. Arenas, ob. cit., I, pág. 237.
- 72) Cf. R.H. Robins, ob. cit., pág. 170.
- 73) H. Arenas, ob. cit., I, pág. 237.
- 74) Wilhelm von Humboldt, Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues (...), par Alfred Tonnelé. Paris, A. Franck, 1859, p. 55 et 58-62. Tomado de A. Rey, ob. cit., pág. 53.
- 75) Cf. A. Rey, ob. cit., págs. 53-54. Vid. H. Arenas, ob. cit., págs. 285-287.
- 76) Cf. Maurice Leroy, Las grandes corrientes de la lingüística, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, págs. 38-39.
- 77) A.F. Pott, Vergleichende Grammatik, prólogo al t. II, pág. IV s., Berlín, 1835. Tomado de H. Arenas, ob. cit., I, pág. 316.
- 78) Cf. Iorgu Iordan, Lingüística Románica, Madrid, Ediciones Alcalá, 1967, págs. 30-31. Vid. Demetrio Gazdaru, Qué es la lingüística, Buenos Aires, Edit. Columba, 1970, págs. 35-38.
- 79) Cf. A. Rey, ob. cit., pág. 69.
- 80) Cf. R.H. Robins, Lingüística General, Madrid, Edit. Gredos, 1977, pág. 239.

- 81) Cf. G.Mounin, ob. cit., pág.226.
- 82) Ferdinand de Saussure, Curso de Lingüística General, ed. de Amado Alonso, Buenos Aires, Edit. Losada, 1969, págs.224-225.
- 83) Ibidem, pág.224.
- 84) Ibidem, págs.225-226.
- 85) Ibidem, págs.221-222.
- 86) R.H. Robins, Breve historia..., pág.203.
- 87) R.H. Robins, Lingüística General, pág.243.
- 88) Cf. L.Bloomfield, "A Set of Postulates for Linguistic Science", en Language, vol.II, 1926, págs.153-164. Reimpreso en M. Joas (edit.), Readings in Linguistics, Washington D.C., American Council of Learned Societies, 1957.
- 89) H.Arens, ob. cit., II, pág.325.
- 90) L.Bloomfield, Language, twelfth Impression, London, George Allen & Unwin, 1973, pág.178. Vid. versión española, Lenguaje, Lima, Universidad de S.Marcos, 1964, pág.211.
- 91) Cf. P.H. Matthews, Morfología. Introducción a la teoría de la palabra, Madrid, Edit. Paraninfo, 1980, págs.172-173.
- 92) B.Malinowski, Coral gardens and their magic, London, 1935. Tomado de R.H. Robins, Lingüística General, pág.243.
- 93) Edward Sapir, El Lenguaje, 3ª reimpresión, México, Edit. Fondo de Cultura Económica, 1971, pág.43.
- 94) Ch.F. Hockett, Curso de Lingüística Moderna, Buenos Aires, EUDEBA, 1971, pág.168.
- 95) L.Hjelmslev, Ensayos Lingüísticos, Madrid, Edit. Gredos, 1972, pág.166,.
- 96) Cf. L.Hjelmslev, Principios de Gramática General, Madrid, Edit. Gredos, 1976, pág.107, nota 249.
- 97) L.Hjelmslev, Ensayos..., pág.127.

- 98) Ibidem, págs.127-128.
- 99) Émile Benveniste, "Los niveles del análisis lingüístico", en Problemas de Lingüística General, México, Edit. Siglo XXI, 1971, pág.122.
- 100) Sorin Stati, Teoria e metodo nella sintassi, Bologna il Mulino, 1972, págs.46-47.
- 101) Ibidem, pág.47. Vid. F.Lázaro Carreter, Diccionario de Términos Filológicos, 3ª ed. corregida, Madrid, Edit. Gredos, 1968, s.v. semántica.
- 102) F.Lázaro Carreter, Diccionario..., s.v. palabra.
- 103) Cf. Sorin Stati, Teoria..., págs.48-49. Vid. P.H. Matthews, Morfología..., capítulos 2 y 3.
- 104) Lingüística y significación, entrevista con A.Martinet, Barcelona, Salvat Editores, 1973, pág.78.
- 105) Cf. A.Martinet, Elementos de Lingüística General, Madrid, Edit. Gredos, 1970, pág.143.
- 106) A.Martinet, "Structural linguistic", en Anthropology to day, Chicago, Kroeber, 1957. Tomado de A.Rey, ob. cit., pág.129.
- 107) Jiří Krámský, The Word as a Linguistic Unit, The Hague-Paris, Mouton, 1969, pág.21.
- 108) Vladimír Hořejší, "Les plans linguistiques et la structure de l'énoncé", en Philologica, IV, 1965, pág.195.
- 109) Cf. Greenberg, Essay in Linguistics, Phoenix books, The University of Chicago Press, 1957, págs.27-31. Vid. R.H. Robins, Lingüística General, pág.244 y J.Krámský, ob. cit., págs.37-40.
- 110) Cf. Matthews, ob. cit., pág.173.
- 111) Cf. A.Rosetti, "Sur la définition du 'mot'", en Acta Linguistica, IV, 1944, pág.51. Vid. J.Krámský, ob. cit., pág.48.
- 112) Cf. J.Krámský, ob. cit., pág.67.

- 113) É. Berveniste, ob. cit., pág.122.
- 114) K. Togeby, Structure immanente de la langue française, Paris, Larousse, 1965, págs.90-91.
- 115) Cf. Bernard Pottier, Presentación de la lingüística. Fundamentos de una teoría, Madrid, Ediciones Alcalá, 1972, págs.54-55. Vid. del mismo autor "Plan phonémique et plan morphémique dans la structure du mot", en Omagiu I. Iordan, 1958, págs.701-704.

II. FORMACIÓN DE PALABRAS

La lengua de cualquier sociedad humana requiere inevitablemente una constante y necesaria adecuación al ámbito en que normalmente vive y se desarrolla para cumplir la función a que está destinada: servir de medio de comunicación a las personas que integran dicha sociedad. De esa forma, no sólo se evita el normal deterioro en que puede verse sumida, sino también el peligro de una constante y progresiva destrucción que puede rondar a toda lengua que no se adecue gradualmente a dicha situación. Debido a ello, el hombre, ante la aparición de nuevas realidades, ya sean concretas o abstractas, procedentes de descubrimientos técnicos y científicos, conceptos humanísticos, cambios operados en las costumbres sociales, así como en otras instituciones - políticas, religiosas, jurídicas, etc. -, se ve impelido a la creación de nuevos términos que abarquen dichos conceptos al tiempo que abandona otros que, por obsoletos, no se adecuan ya a la realidad que motivó su creación. El hombre, pues, crea nuevas palabras, bien tomándolas en préstamo de otras lenguas al tiempo que las adapta a su sistema lingüístico, bien formando otras sobre la base de palabras existentes en su lengua o, incluso, dándoles un nuevo valor del que hasta ese instante carecían.

En general, se puede decir que las palabras conservan su significado durante miles de años, perpetuado por el uso que de ellas hacen las distintas generaciones, lo que les permite conservar el primitivo valor que tuvieron. Junto a esta acción conservadora que permite mantener la unidad lingüística, otra fuerza no menor se manifiesta tratando de disgregarla; esta constante lucha y equilibrio entre dos fuerzas contrarias es lo que hace que las lenguas se conserven y se perpetúen. Una situación en que por un falso respeto a la tradición impidiera que el lenguaje siguiera el curso de los acontecimientos llevaría consigo una lenta pero progresiva destrucción de la lengua. Resistirse con obcecación a todo tipo de actualización lingüística daría lugar a una rigidez conceptual que, como toda grave enfermedad, podría conducir de forma ineludible a su auto-destrucción(1).

Tradicionalmente la morfología ha sido considerada como la parte de la gramática que se ocupa de la palabra y de sus variaciones y derivaciones; sin embargo, el término morfología, estimado como tradicional, no entra en la terminología lingüística hasta el siglo XIX y surge para cubrir el ámbito de la flexión y de la derivación, apartados que, junto con la sintaxis, eran las secciones en que las gramáticas latinas y griegas basadas en principios clásicos dividían su corpus gramatical. Por consiguiente, el término que en las lenguas clásicas se oponía a la sintaxis no era el de morfología, sino el de derivación o formación de palabras. En las lenguas clásicas, la distinción entre flexión y derivación fue un hecho fundamental porque permitió distinguir entre formas diferentes de un mismo paradigma - flexión -, y palabras distintas pertenecientes a otros paradigmas - derivación -. Mientras la flexión

designa "un cambio que tiene lugar en la forma de una palabra para expresar la relación que mantiene con otras palabras en la oración"(2) y que en las gramáticas de algunas lenguas estudia la declinación de los nombres y de los adjetivos, la conjugación de los verbos, etc., la derivación se ocupa de crear nuevas palabras a partir de otras existentes en la lengua: sustantivos procedentes de verbos y adjetivos, adjetivos derivados de nombres, etc. El profesor Matthews prefiere designar con los nombres de morfología flexiva y morfología léxica lo conocido tradicionalmente como flexión y formación de palabras, basándose en la distinción que hace entre "palabra" y "lexema"(3).

Stephen Ullmann, que divide la lingüística en fonología, lexicología y sintaxis, considera que la morfología debe ser incluida en la lexicología que "se ocupará no sólo de las palabras, sino de todos los tipos de morfemas que entran en la composición de las palabras"(4). A su vez, tanto en el componente léxico como en el sintáctico efectúa dos subdivisiones: la morfología y la semántica. La morfología léxica abarca la formación de palabras en tanto que la morfología semántica se ocupa de las significaciones léxicas. Todo lo referente al orden de las palabras, la flexión, etc., lo incluye en la morfología sintáctica "porque las construcciones no son solamente unidades, también son signos"(5) y como tales se componen de expresión y contenido. Por último, la semántica sintáctica "se encaminará, entonces, a identificar las relaciones y categorías lógicas expresadas por el lenguaje"(6), es decir, el estudio de las partes de la oración, tiempos y modos verbales, etc.

En la creación léxica, el hombre, tomando como fundamento una serie de elementos existentes en la lengua, establece nuevas unidades léxicas siguiendo la estructura formal de los mismos. La analogía léxica adopta, pues, las nuevas palabras a la forma de otra u otras que tienen plena vigencia en el sistema lingüístico. En este sentido, el léxico, puede ser organizado de la misma manera que la fonología, por ejemplo, aunque su estructuración es más compleja que la ofrecida por los fonemas o los morfemas de una lengua, ya que en el nivel fonológico hay un número limitado de fonemas que no pueden variar sin que afecten a todo el sistema lingüístico. Lo mismo sucede en la gramática en donde las unidades, aunque superiores en número, son también limitadas. El léxico, en cambio, presenta una organización mucho más intrincada dado que las unidades se cuentan por millares y en donde la aparición de un nuevo elemento no supone necesariamente la eliminación de la unidad léxica a la que momentáneamente ha sustituido; tal vocablo, que durante un periodo de tiempo más o menos dilatado ha podido caer en el olvido, puede aflorar en cualquier momento tras cobrar nuevo vigor, o bien brotar como término nuevo en un vocabulario especializado(7).

Las palabras son creadas por caminos bien diversos. En principio, hay que hacer notar que la formación de palabras "ex nihilo" no es un hecho usual; a lo sumo, tales formaciones se reducen a la creación de palabras de carácter onomatopéyico surgidas por imitación fónica de un objeto o de una acción que se trata de representar. Lo normal es que las unidades léxicas procedan en mayor o menor proporción de otras existentes en la propia lengua o bien de otras lenguas foráneas. Varios son los procedimientos seguidos para la creación

de palabras: la derivación, la composición y la parasíntesis.

En la gramática se llama derivación a la formación de vocablos por medio de sufijos; es, pues, un procedimiento mediante el cual el hablante puede crear nuevas unidades léxicas partiendo de un elemento llamado lexema. Al mismo tiempo, la derivación permite distinguir entre raíz o elemento que contiene la idea o significado común en un conjunto de palabras emparentadas como, por ejemplo, en la serie poblar, poblado, poblacho, cuyo radical sería pobl-, y los términos derivados o morfemas combinados o vinculados a la raíz, como -ar, -ado, -acho. Un derivado, a su vez, puede servir de base para formar nuevas palabras: cristalero (cristal) cristalería. La derivación, por tanto, consiste en la formación de nuevos vocablos por medio de sufijos que se añaden al radical de una palabra que tiene existencia propia e independiente en la lengua.

La composición consiste en la asociación de dos o más palabras en una sola como bocacalle (boca + calle), tiralíneas (tirar + línea), contraofensiva (contra + ofensiva), etc. Rafael Seco admite también como palabras compuestas las formadas por prefijación, aunque finalmente acepte conservar este término sólo para las voces surgidas de la unión de dos o más palabras independientes. Sobre ello escribe: "Del modo que hemos visto formarse palabras derivadas por la añadidura de elementos intercambiables pospuestos, encontraríamos otras constituidas por elementos antepuestos; como exclaustrar, irracional, bisabuelo. Las palabras así formadas deben, en realidad, llamarse palabras compuestas. Sin embargo, propiamente conviene reservar este nombre para las que resultan de la unión más o menos íntima de dos o más palabras sencillas o simples.." (8).

Por tanto, los elementos que integran la palabra compuesta gozan en general de existencia autónoma y pueden existir como tales en la formación de otras oraciones: en tiralíneas, el verbo tirar puede formar parte de la oración tira la piedra lo mismo que el sustantivo línea aparece en la expresión la línea está bien trazada. En general, la palabra surgida por composición de dos unidades léxicas independientes adquiere un significado diferente al que posee cada una de las palabras que la forman. La composición puede ser propia cuando sólo el último de los elementos formantes recibe morfemas gramaticales: bocacalles y no bocas-calles; en tanto que habrá composición impropia cuando ambos componentes puedan recibir accidentes: rico-hombre y ricos-hombres. Ahora bien, mientras las unidades léxicas integrantes de los compuestos tienen significado, en las surgidas por efijación uno de sus elementos posee existencia por sí mismo en tanto que el otro sólo adquiere valor cuando se une al primero, al tiempo que modifica o puede modificar el contenido semántico del lexema. Tales son los casos de los sufijos y prefijos: el sufijo -ado vinculado a la palabra alumno puede sumarle, entre otros valores, el de "colectivo": alumnado. De igual forma, el prefijo -in en la voz inútil incorpora a la palabra útil la idea de 'carencia o privación de algo'.

Por último, la parasíntesis requiere necesariamente la presencia de prefijos y sufijos, lo que hace que las palabras así formadas sean derivadas y compuestas a la vez: picapedrero (picar + piedra + ero), desalmado (des + alma + ado), endulzar (en + dulce + ar) (9).

La gramática tradicional distingue los afijos según la posición que adopten junto a la base o junto al lexema: si lo preceden reciben el nombre de prefijos, si van pospuestos, sufijos. Tanto unos como otros realizan también funciones diferentes: los sufijos pueden modificar la categoría gramatical de la palabra a la que se enlazan, los prefijos no la alteran; los sufijos ocasionan variación en la base o en el lexema, los prefijos raramente. Ambos, sin embargo, son imprescindibles - según hemos dicho - en la formación de los compuestos parasintéticos dado que su existencia se debe exclusivamente a una doble afijación.

Una perspectiva diferente nos ofrece André Martinet cuando afirma que, en ciertos casos, tanto la derivación como la composición podrían ser consideradas como formas de expansión entendiéndolo por ello "todo elemento que añadido a un enunciado no modifica las relaciones mutuas y la función de los elementos preexistentes"(10). En construcciones del tipo perrito en vez de perro se puede hablar de formaciones de expansión dado que el sufijo -ito no modifica el concepto designado por perro; a lo sumo, lo que hace es añadirle un carácter expresivo o afectivo. No ocurre igual con autopista que, aunque puede aparecer en forma de expansión presenta, sin embargo, unos caracteres específicos que la distinguen de pista. En cambio, construcciones como abrelatas, sacacorchos, dentista, arbolado, etc., no es posible que procedan de expansiones. A las formaciones derivadas y compuestas que pueden manifestarse por medio de expansiones Martinet les da el nombre de endocéntricas porque "la acción mutua de los elementos en presencia no afecta a las relaciones del conjunto con lo que está fuera de este conjunto"(11), en tanto que a las formaciones del tipo abrelatas, arbolado, etc., las

denomina composición y derivación exocéntricas debido a que "la unión de los dos elementos conducen a crear nuevas relaciones con lo que está fuera del compuesto o del derivado"(12). Toda expansión se compone de un elemento determinado y otro determinante, "se trata de una combinación AB, en la cual A determina a B, teniendo en cuenta que A y B pertenecen a la misma clase gramatical (word-class) y a la misma clase léxica"(13); así expansiones, por tanto, las combinaciones en las que los determinados son elementos autónomos, es decir, palabras, pero no así los determinantes por carecer de existencia propia. Por otro lado, se denominan compuestos las combinaciones en que tanto el determinante como el determinado son palabras. La derivación y la composición - conceptos que se encuentran englobados en la expansión - se comportan en el plano sintáctico de igual forma que los lexemas simples ya que se pueden combinar con las mismas modalidades - artículos y morfemas de número - del lexema simple así como cumplir funciones semejantes. Ahora bien, las modalidades aparecen referidas a ambos elementos del compuesto o del derivado y nunca a uno solo de ellos: el pelirrojo - los pelirrojos (pero no pelis - rojos), un dentista - unos dentistas.

Otro tipo de construcción - que Martinet no la identifica ni con la composición ni con la derivación - es la constituida por elementos asociados que, o no existen fuera de dicha combinación como termostato, teléfono, telégrafo, etc., o bien uno de sus elementos se acopla con lexemas que existen fuera de dichas combinaciones como termodinámica, televisión, teledirigido, etc., en donde las secuencias termo- o tele- se comportan como afijos al no existir fuera de tales uniones mientras que son lexemas independientes dinámica, visión y dirigido. Para estas construcciones, junto a

otras como entrever, entreabrir, bolso de mano, etc., Martinet ha propuesto el término sintema, voz con la que designa "tout signe susceptible d'être considéré comme formé de deux ou de plus de deux éléments sémantiquement identifiables et qui, en tous points, se comportent syntaxiquement comme les signes minima avec lesquels il commute" (14). A estos elementos que entran en la composición de los sintemas les da el nombre de monemas conjuntos para diferenciarlos de los monemas libres que entran en la formación de los sintagmas.

En la Gramática Generativa, el proceso de formación de palabras no es considerado como un procedimiento específico y determinado tendiente a crear nuevas unidades léxicas, sino que se examina más bien como una etapa intermedia de un proceso sintáctico más amplio mediante el cual se pretende transformar una serie de oraciones simples en una oración más compleja. La creación léxica implica, por tanto, una serie de transformaciones con el fin de dar al morfema léxico el valor que posteriormente ha de tener en la oración. Por esta razón, "les procédures de génération de la valeur syntaxique de chaque unité sont liées à la formation de phrases qui opèrent la transformation, la transposition d'une classe dans une autre. Ainsi toute la création part de la phrase, de l'activité langagière pour aboutir au lexique, pour retourner ensuite du lexique à la phrase" (15).

Para los generativistas, toda clase gramatical de derivación constituye una conversión, es decir, un proceso que permite cambiar una palabra que pertenece a una categoría gramatical determinada a otra diferente: sustantivo ----> verbo, verbo ----> sustantivo, adjetivo ----> sustantivo, etc., o bien a la misma clase gramatical: sustantivo ----> sustantivo, adjetivo ----> adjeti-

vc, verbo ----> verbo; por esa razón no hay necesidad de separar las formaciones realizadas mediante afijación y composición dado que no se analizan en sus componentes individuales, sino en su conjunto y dentro de un marco más amplio.

Tanto la afijación como la composición forman parte de transformaciones generalizadas que consisten en transformar dos oraciones mínimas encadenadas en una sola oración. Dicha transformación comporta, entre otros, una serie de desarrollos como la nominalización o proceso consistente en el encadenamiento de una preposición en otra hasta formar un sintagma nominal en el que se produce la creación léxica: Juan ha cantado; Eso ha gustado a la gente -----> La canción de Juan ha gustado a la gente. En el sintagma nominalizado la canción de Juan se realiza la formación léxica del sustantivo canción en la que el sufijo -ción representa la lexicalización de todo el proceso.

La prefijación comprende las formaciones resultantes de la transformación de una oración de base que lleva un sintagma verbal en donde interviene una preposición y se caracteriza por ser un procedimiento que no produce transformación de una clase sintáctica a otra, es decir, el sustantivo ----> sustantivo, el verbo ----> verbo. El elemento prefijado constituye una modalidad como elemento operador en el predicado, ahora bien, nunca aparece como uno de los elementos de la oración predicativa, esto es, del sujeto o del predicado.

La composición resulta de la transposición de una construcción sintáctica cuyos términos están presentes en la nueva unidad léxica. La oración de base contiene los dos términos de la formación que aparecen como elementos de la relación predicativa: sujeto y predicado. Partiendo de esta estructura, el proceso implica

una serie de transformaciones: la relativización o conversión en una oración adjetiva, oración que posteriormente se simplificará en una forma nominal. En el compuesto, el verbo puede permanecer como uno de los elementos constituyentes del mismo (saltamontes), o bien desaparecer porque ambos elementos sean formas nominales (hombre-rana). La composición da lugar a una nueva unidad léxica que puede tener la misma función que las palabras que la forman.

La sufijación implica también una transformación en la estructura oracional ya que su papel es convertir un morfema léxico de una determinada categoría gramatical en otro diferente. Ahora bien, la transformación se origina por la adición de un sufijo a una palabra que forma parte de una construcción sintáctica y no en cuanto elemento aislado o independiente.

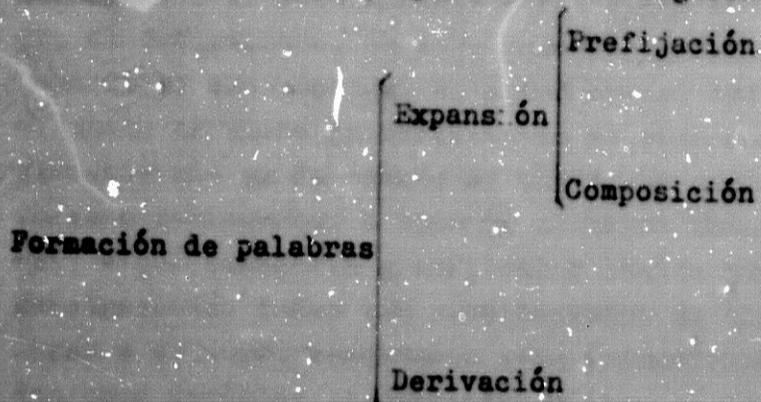
La derivación parasintética se caracteriza por la acción simultánea del tipo paradigmático, dado que comporta un cambio de la categoría del lexema, y del tipo sintagmático a causa del prefijo que se une al mismo: enturbiar (en + turbio + ar). La concepción tradicional de la derivación parasintética consistente en la unión simultánea de prefijo y sufijo a un lexema es rechazada por los generativistas dado que no tiene en cuenta "la nature du processus mis en jeu et conduisent à réunir, d'après le seul aspect formel, des types de dérivation d'essence, différente. La description pertinente de cette dérivation exige que l'on opère la distinction entre les formes parasynthétiques où le phénomène d'adjonction d'un affixe initial n'intervient qu'à titre d'élément complémentaire du processus principal et les formes où la dérivation est vraiment de caractère syntagmatique"(16).

En la teoría generativista, "le critère syntactique fondamental permet d'opposer, selon un même principe théorique, la dérivation qui opère une série de transformations dans des classes syntaxiques différentes à partir d'une même base, c'est-à-dire un processus de caractère paradigmático, et la dérivation qui constitue une réduction léxical d'un segment linguistique de caractère phrástico, c'est-à-dire un processus de carácter syntagmático"(17). Desde este punto de vista, pues, la prefijación, la sufijación y la composición no son más que formas diferentes de un proceso único llamado derivación. La diferencia entre las diversas modalidades de derivación no se establece teniendo en cuenta el modo de unión formal de los elementos componentes, ni según el lugar que ocupen los afijos respecto del elemento base, sino según la clase gramatical del nuevo término, esto es, de la nueva palabra creada.

Otra teoría de gran predicamento es la expuesta por el profesor Hans Marchand. Su obra (18), aunque se centra en la formación de palabras en la lengua inglesa, en gran medida puede también aplicarse a la creación léxica de otras lenguas. En ella se estudian las palabras formadas por la combinación de signos lingüísticos completos como la composición en todos sus aspectos - compuestos de lexemas sustantivos, adjetivos, etc., la prefijación y la sufijación, derivación por morfema cero, etc., así como las palabras que no son sintagmas gramaticales como las formaciones de carácter expresivo o fonosimbólicas, es decir, aquellas creaciones que no imitan sonidos reales pero "sugieren directamente una idea por el valor psicológico de las vocales o consonantes"(19) como titilar o borbotón; la motivación lingüística por ablaut o alternancia vocálica (apofonía) como clic-clac, clipping o reducción de una palabra a una de

sus partes como lab en vez de laboratory, plane por airplane o Eurasia en lugar de Europa - Asia, etc.

Pero ciñéndonos exclusivamente al primer grupo, esto es, a las palabras formadas por la combinación de signos lingüísticos, grupo que es, en definitiva, el que aquí nos interesa, observamos que estos signos pueden ser creados bien por expansión - término que abarca la prefijación y las palabras compuestas -, bien por derivación. En esquema, aparece de la siguiente forma:



Para Hans Marchand, la formación de palabras es la parte de la gramática que estudia los esquemas con arreglo a los cuales una lengua forma nuevas unidades léxicas, unidades que proceden de la combinación de elementos lingüísticos sobre la base de una relación determinante / determinado.

Dos son, por tanto, las categorías básicas de formación de palabras: la expansión y la derivación. Ahora bien, que una combinación de palabras pertenezca a una u otra categoría depende de que el elemento determinado sea o no morfema independiente. Por expansión ha de entenderse "una combinación AB que es analizable sobre la base 'B determinado por A' perteneciendo AB a la misma clase de palabras y clase léxica a la que pertenece B" (20). Por tanto, todas las combinaciones cuyos de-

terminados son morfemas independientes son expansiones; ahora bien, aquellas expansiones en las que tanto el determinante como el determinado son palabras, esto es, morfemas independientes reciben el nombre de compuestos: por ejemplo, la palabra inglesa steamboat 'barco de vapor' formada por steam 'vapor' y boat 'barco'. Por tanto, todo steamboat es básicamente un boat que en determinados casos se ve limitado a los barcos movidos por steam, es decir, el determinado está limitado por el determinante. El determinante sería steam en tanto que boat, el determinado, ha sido sometido a una restricción semántica; sin embargo, el determinado, definido desde el punto de vista gramatical, no es otra cosa que el elemento que es dominante en tanto que puede hacer las veces o representar a todo el sintagma señalando, además, a qué categoría gramatical y léxica pertenece. Por consiguiente, todas las combinaciones de elementos similares a AB cuyos resultados sean formaciones que procedan como unidades lexemáticas reciben el nombre de expansiones: steamboat, rewrite 'volver a escribir' que actúa como verbo lo mismo que write 'escribir', etc. Para H. Marchand, tanto la composición como la prefijación no son más que subcategorías de la expansión.

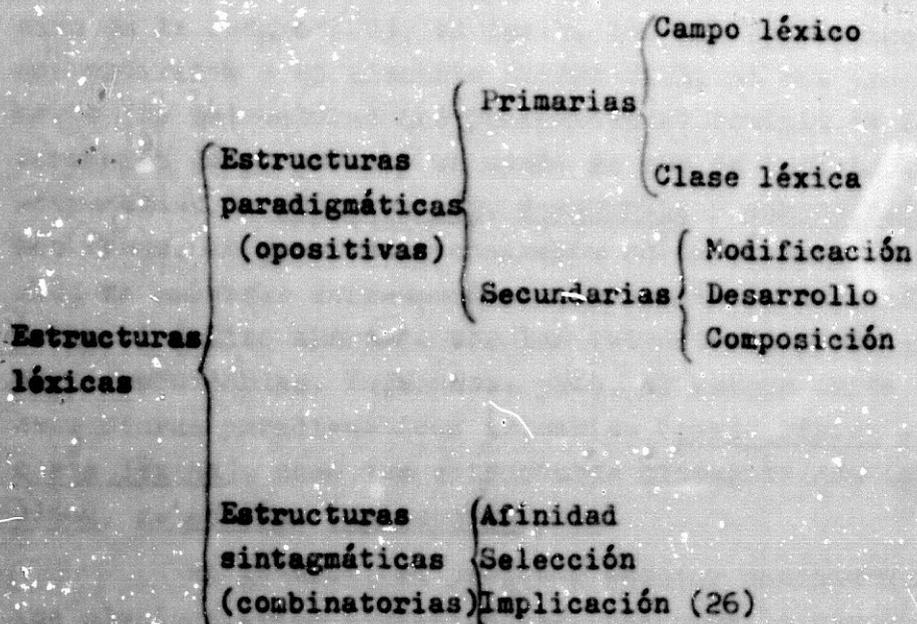
Al tratar de la prefijación Marchand rechaza categóricamente la idea expresada por E. Kruisinga en su obra A handbook of Present-day English. Part. II. Accidence and Syntax 3, en la que advierte que el prefijo cumple la función de una palabra utilizada como primer elemento de un compuesto, y no lo admite porque ningún morfema dependiente, como es el caso del prefijo, puede ser tratado en pie de igualdad con una palabra independiente. Los prefijos son, pues, morfemas ligados que han de unirse obligatoriamente a morfemas libres. Para Marchand, los prefijos, en un sintagma AB ocuparían la posición

A, es decir, funcionarían como determinantes de la palabra B que en este caso se encontraría prefijada. La prefijación, pues, es una expansión que debe cumplir la condición de poder ser analizada bajo la fórmula $AB = B(21)$.

Por otro lado, la derivación es considerada como "la transposición de una palabra a la función de determinante en un sintagma en donde el determinado es un morfema dependiente"(22), por ejemplo: steamer 'buque de vapor', en donde steam 'vapor, humo' actúa como determinante del morfema er, smoker 'fumador', etc., pero palabras derivadas no son únicamente las que llevan sufijo, sino también las que contienen un sufijo cero. En la derivación, pues, es al sufijo, que actúa como determinado, al que le corresponde indicar a qué clase de palabras pertenece la combinación(23).

Construcciones del tipo dancing girl 'bailarina' o spending money 'dinero para gastos personales', por ejemplo, procederían de perífrasis como the girl dances 'la chica que baila' o we spend money 'nosotros gastamos el dinero'. Sin embargo, excluye del apartado de los compuestos formaciones del tipo self-seeker 'egoísta' o pick-pocket 'carterista' porque, en realidad, son derivados - adjetivos o sustantivos - de oraciones subyacentes que abarcarían ambos términos(24). Por último señalaremos que, para Marchand, el principio fundamental de la formación de palabras es su carácter sintagmático, situación en la que el derivado se encuentra formado por la conjunción de dos signos basados en la relación determinante - determinado(25).

Reciente es la teoría sobre la formación de palabras del profesor Eugenio Coseriu, cuya teoría es insertada dentro de un amplio y extenso marco dominado por las estructuras léxicas a las que clasifica del modo siguiente:



Las estructuras léxicas son definidas como "la configuración semántica del léxico, o sea, de las palabras lexemáticas" (27), entendiendo por tales las que representan la realidad extralingüística: niño, trabajar, agua, etc. Estas estructuras comprenden tanto las estructuras paradigmáticas como las sintagmáticas. Las primeras son aquellas en que los lexemas que se encuentran en un lugar de la cadena hablada forman un sistema de oposiciones por lo que también reciben el nombre de opositivas. Las estructuras paradigmáticas se dividen a su vez en primarias y secundarias. Las estructuras paradigmáticas primarias son las palabras que hacen referencia a la experiencia inmediata: mesa, lápiz, libro,

etc., que por pertenecer al vocabulario primario no implican la existencia de otra palabra(28). Dentro de ellas hay que incluir el campo léxico y la clase léxica. Las estructuras paradigmáticas secundarias "implican siempre la transformación irreversible de un término primario existente como lexema de contenido y de expresión en la lengua"(29), es decir, son las estructuras que modifican a un elemento primario. Estas son precisamente las estructuras que pertenecen al dominio de la formación de palabras y en donde se han de incluir las estructuras de modificación, desarrollo y composición. Por tanto, lo que tradicionalmente se ha llamado formación de palabras corresponde en la teoría de Eugenio Coseriu al ámbito abarcado por las estructuras paradigmáticas secundarias. Dejaremos, pues, al margen tanto las estructuras paradigmáticas primarias (campo léxico y clase léxica), como las estructuras sintagmáticas (afinidad, selección, implicación).

En general, el profesor Coseriu considera que los planteamientos tradicionales, así como la mayoría de los modernos sobre la formación de palabras, no pueden corresponder a su objeto debido a que dichos trabajos no se centran solo y exclusivamente en el significado sino que en parte se refieren a la expresión y en parte al contenido además de no realizar distinción alguna entre significado y designación. Por ello, conviene hacer previamente la distinción entre ambos conceptos: el significado es el contenido dado por la lengua y sus relaciones se establecen entre significados; la designación, en cambio, es la relación entre el signo y la realidad extralingüística, efectuándose sus relaciones entre los signos (significante - significado) y las realidades extralingüísticas designadas por cada uno de ellos (30).

El tratamiento simultáneo de la expresión y el contenido en la formación de palabras se puede constatar en la creación léxica por medio de sufijos, creación que se analiza junto a otros examinados desde la perspectiva del contenido como, por ejemplo, los "colectivos", los "nombres de acción", los "nombres de agente", etc. De otra parte, la prefijación se incluye dentro de la composición al tiempo que se consideran verbos compuestos formaciones como contener, traspasar, repicar, desmentir, etc., por el hecho de existir como formas autónomas los verbos tener, pasar, picar, mentir, y a pesar de que este tipo de construcciones actúa de modo semejante a los diminutivos o aumentativos, por ejemplo, que, en cambio, son considerados formas derivadas y, por tanto, incluidos dentro de la derivación.

Otro tipo de construcción extendido profusamente en las lenguas romances es el conocido como composición, es decir, formaciones del tipo cortaplumas, sacacorchos, rompetechos, etc., que por la forma específica en que aparecen, esto es, verbo + sustantivo, se suele decir que son composiciones de "frases" y consideradas como construcciones "exocéntricas" porque "sacacorchos" correspondería a una formación del tipo "(x) saca corchos" en donde 'x' quedaría sin ningún género de dudas fuera del compuesto. Para Coseriu, sin embargo, desde el punto de vista del significado, sólo hay formaciones endocéntricas ya que las exocéntricas no atañen al significado sino a la designación. "En consecuencia - escribe Coseriu - del análisis semántico se advierte que nuestro tipo no es de ningún modo "exocéntrico", ni siquiera en el sentido en que puede ser lícito hablar de exocéntricos (o sea, con respecto a la designación, ya que lo designado "qualcuno o qualcosa") está presente en estos compuestos, precisamente, bajo forma de de-

rivativo "cero" tras el tema verbal. En efecto, tal derivativo cero representa en este caso a aquellos instrumentos de formación que aparecen también materialmente en la correspondiente composición prolexemática (como en taglia-TORE, corta-DOR, coup-EUR)⁽³¹⁾.

Del mismo modo se habla de construcciones parasintéticas en formaciones del tipo pordiosero - con prefijación y sufijación - porque no existe como unidad léxica la forma diosero. Ahora bien, aunque tal expresión no tenga existencia en nuestra lengua sí tiene plena realidad y vigencia la expresión por Dios por lo que sería más lógico suponer la construcción pordiosero como procedente de por Dios + -ero que no de por + diosero.

El estudio de formación de palabras ha de hacerse necesariamente desde el punto de vista del contenido y, por consiguiente, ha de fundarse en el significado; desde esta perspectiva, la formación de palabras corresponde a una gramaticalización del léxico. A este respecto Coseriu se ve precisado a realizar dos observaciones de carácter general. "En primer lugar, la gramaticalización no se da sólo en ciertos procedimientos formativos, sino en todos: la gramaticalización es, en realidad, aquello por lo que la formación de palabras es, precisamente lo que es, (...). En segundo lugar, en la formación de palabras se trata, ciertamente, de una "gramática del léxico", pero esta "gramática" no debe confundirse con la gramática en sentido estricto, ya que en este caso se trata de funciones gramaticales diferentes de las que se presentan en la morfosintaxis. Por ello, justamente, es preferible hablar, no de funciones "gramaticales" simplemente, sino de funciones "semejantes a las de la gramática" o "paragramaticales". Así, por ejemplo, la formación de "colectivos" implica,

por cierto, una pluralización, pero no se trata en tal caso de un simple "plural", sino de una "pluralidad que se da y se considera como unidad" (arboleda no es lo mismo que árboles, (...)). (...) Las formaciones como llegada implican, sin duda, un verbo predicativo, pero no implican ni modo, ni tiempo, ni número, ni persona; (...) Precisamente por ello tales formaciones no se remontan de ningún modo a oraciones concretas como Juan llega(...), sino sólo a una función predicativa genérica de llegar.". (32).

La sufijación

La sufijación como procedimiento para la formación de palabras se ha estudiado tradicionalmente desde dos puntos de vista: morfológico y semántico. Desde la perspectiva morfológica, la sufijación se ha analizado junto a la flexión nominal porque ambas formaciones han sido consideradas de la misma o idéntica naturaleza por su capacidad de formar construcciones sintácticas que realizan la misma función.

Desde el punto de vista semántico, la sufijación se analiza a partir de la relación que une al sufijo con un elemento básico conocido con el nombre de radical; será precisamente esta segunda idea la que prevalezca en los estudios lingüísticos. Pero el problema de la diversidad de formar palabras se remonta a la Antigüedad Clásica con las controversias lingüísticas entre los que defendían que el fundamento del lenguaje era natural, y los que, por el contrario, aceptaban la convención.

Los defensores de la analogía, entre los que destaca Aristóteles, buscan la regularidad de los paradigmas formales "en los que las palabras que pertenecían a la misma categoría gramatical tenían las mismas terminaciones morfológicas y la misma estructura prosódica, y las de las relaciones entre forma y significado, por medio de las cuales se esperaba que las palabras que eran comparables morfológicamente tuvieran significados "análogos" y viceversa"(33). Los estoicos, partidarios de la anomalía, que aceptaban que el lenguaje carecía de estructura regular y, por tanto, no estaba regido por leyes, observaron que la mayor parte de las categorías nominales y verbales admitían excepciones; que los nombres de las ciudades se designaba en plural:

Tebas, Atenas, etc. Su punto débil, sin embargo, se mostró en la distinción entre flexión y derivación dentro de las variaciones formales de la palabra gramatical porque en griego, como en la lengua latina después, los paradigmas de la flexión aparecían o, mejor, se mostraban bastantes regulares, en tanto que las formaciones provenientes de la derivación presentaban formas mucho más irregulares. Para los analogistas, la regularidad en el lenguaje debía ser el principio orientador del entendimiento humano; para los estoicos, en cambio, el lenguaje concebido como un hecho natural había que admitirlo incluso con sus irregularidades.

En la lengua latina, Varrón aceptó la analogía y la anomalía no sólo para la formación de palabras sino también para los significados ligados a ellas. Distinguió la flexión de la derivación y dedujo de la primera - la flexión - que conocida una palabra y su declinación correspondiente se podían inferir las demás formas. En la derivación es otro el problema porque, en general, las formas derivadas no pueden deducirse como en la flexión sino que deben ser aceptadas según el uso que de ellas se hacen. Varrón admite, por ejemplo, que de ovis ----> ovile y de sus ----> sulle, pero en latín no se acepta que de bos --> bovile.

En la época medieval, los "modi absoluti" de los modistas, esto es, aquellas categorías que no implican otras relaciones sintácticas, tenían cierta relación o correspondencia con la "declinación voluntaria" de Varrón, del mismo modo que los "modi respectivi", es decir, los modos o categorías que implican otras relaciones sintácticas, se corresponden con la "declinación natural" y ello porque observaron que las formaciones flexionales eran más sistemáticas que las construidas por derivación. Sin embargo, entre Varrón y los modis-

tas hay una notable diferencia porque mientras el primero se interesó por el problema de la regularidad e irregularidad morfológica, los modistas dirigieron su atención a la problemática de las funciones sintácticas(34).

La sufixación estudiada desde una perspectiva semántica prevalece también en los autores de la Gramática General y Razonada, Arnauld y Lancelot; sin embargo, a pesar de que el tema de la derivación subyace en la Gramática de Port-Royal, en esta obra se evita plantear la teoría de la derivación(35). En el siglo XVIII, los comparatistas, que perseguían con ilusión la idea de reconstruir la estructura gramatical de la lengua original, tienen la convicción de que todo cambio o mutación no sólo no contribuye a la unidad de la lengua sino que actúa como principio disgregador y destructor del idioma. Del análisis comparado de las lenguas se dedujo que la palabra no era el elemento mínimo significativo como hasta entonces se había tenido, por lo que fue necesario la división de la palabra en dos componentes: uno común o raíz y otro, que producía la distinción lingüística, desinencia. La raíz o elemento portador del significado léxico no podía ser considerada palabra dado que ésta, en líneas generales, viene a representar una idea determinada(36).

Frente a conceptos como raíz, desinencia, sufixo, etc., defendidos por los comparatistas, se alzan los neogramáticos para quienes dichos términos no son más que meras abstracciones de las que nos servimos por la comodidad de su uso. También se hallan en total desacuerdo con los comparatistas en considerar la analogía como un elemento perturbador y destructor del lenguaje. Por el contrario, los neogramáticos consideran que el cambio fonético y la analogía son dos fuerzas indispen-

sables en la evolución lingüística. El cambio fonético, de carácter meramente mecánico, se encuentra sistematizado por medio de leyes; el cambio analógico, de carácter síquico, "forma hecha a imagen de otra o de otras muchas según una regla determinada" (37), es concebido como uno de los factores primordiales en la evolución de la lengua y también como fuerza que no sólo no destruye la armonía lingüística sino que actúa como principio regulador y de cohesión de la lengua. Será, por tanto, en el siglo XIX donde se desarrolle un espíritu científico más exigente que venga a sustituir todas aquellas teorías que, sin base científica alguna, especulaban sobre el origen del lenguaje y su funcionamiento; ahora se procederá a un estudio metódico y serio de la producción de los sonidos y de su descripción fonética. Las palabras, pues, se analizarán no sólo teniendo en cuenta cómo están formadas sino también su forma de evolucionar. En realidad, se pretende hallar un conjunto de leyes válidas que, para los neogramáticos, no tenían excepción aunque pronto se vio que los límites geográficos y temporales en estas cuestiones suelen ser imprecisos. Estas leyes, válidas para todas las lenguas, deben describir desde una perspectiva diacrónica los hechos lingüísticos gramaticales y léxicos así como los principios fundamentales por los que se rigen. Se ha abandonado ya en este siglo la idea fuertemente arraigada en los defensores de la Gramática Comparada de hallar las primeras raíces de las lenguas con el ánimo de reconstruir la lengua primitiva; a partir de ahora serán las lenguas habladas las que se conviertan en el centro de la investigación lingüística. Los positivistas buscan con ahínco las leyes que rigen el lenguaje, cómo se forman las palabras, así como la reforma constante a que se encuentra sometido el léxico - y no so-

lamente él - dado el contexto histórico-social en el que se desarrolla, etc.

Precisamente, será el estudio del origen del origen del lenguaje y su evolución lo que ayude a replantear el problema de la derivación en cuanto que ello implica la formación de numerosas palabras. Sobre todo este tema subyace el debate, antiguo ya en el tiempo, de si el lenguaje es un hecho natural que tiene leyes propias como cualquier organismo viviente o, por el contrario, hay que considerarlo como un producto social creado por el ser humano como algo necesario para comunicarse. Lo cierto es que en el periodo que comentamos aún abundan los defensores de una y otra teoría aun cuando al final prevalezca la idea de que el lenguaje es un producto humano formado por la comunidad de hablantes en la que el hombre como ser individual carece de la potestad de producir cambio alguno hasta que la sociedad como conjunto sancione y admita la formación de las nuevas unidades léxicas creadas individualmente (38).

Para Michel Bréal(39), la lengua, como creación continua y espontánea del ser humano, no es otra cosa que un producto de su pensamiento; por tanto, todo cambio lingüístico que dé lugar a un desarrollo en el lenguaje se deberá, por un lado, al deseo del hombre de adaptarse al medio en que se desenvuelve, es decir, a la sociedad, y, por otro, a la inteligencia como facultad intelectual característica y propia que lo capacita para crear términos que faciliten la comunicación entre los hombres.

Saussure considera que la lengua, cualquier lengua, tiene su historia, lo que conlleva la idea de que está en un continuo cambio aunque éste apenas se

percibe en un tiempo determinado. Sin embargo, el mismo autor alega una serie de principios que parecen contradecirse: la inmutabilidad del signo, la mutabilidad del mismo así como la solidaridad existente entre ambos conceptos. Ahora bien, inmutabilidad no significa en Saussure incapacidad del lenguaje para cambiar porque "de hecho, ninguna sociedad conoce ni jamás ha conocido la lengua de otro modo que como un producto heredado de las generaciones precedentes y que hay que tomar tal cual es"(40). El lenguaje, por tanto, se mueve entre dos situaciones opuestas: el cambio y la estabilidad del sistema.

El segundo principio consiste en la mutabilidad del signo, en su carácter cambiante, dado que la lengua es un "continuum" en perpetua mutación, en un cambio sin fin, en una palabra, "el signo está en condiciones de alterarse porque se continúa"(41). Pero frente al léxico, por ejemplo, que se caracteriza por su enorme movilidad, el sistema gramatical se nos presenta reactivo al cambio o al menos por su gran lentitud en el mismo lo que permite la comunicación social sin problema alguno. Por ello "cuando se mantiene la unidad social del habla en una comunidad la necesidad general del intercambio mutuo impide que tales cambios lleguen a diferenciarse tanto como para producir formas de habla mutuamente ininteligibles, y los cambios, por más que puedan ser grandes, tienden a realizarse uniformemente..."(42).

Finalmente, nos encontramos con la solidaridad de ambos conceptos: mutabilidad e inmutabilidad. Si se dice que la lengua tiene carácter de fijeza, no es sólo porque está ligada a la gravitación de la colectividad, sino también porque está situada en el tiempo. Estos dos hechos son inseparables. En todo instante la

solidaridad con el pasado no impide que haya en el fenómeno total un vínculo entre esos dos factores antinómicos: la convención arbitraria, en virtud de la cual es libre la elección, y el tiempo, gracias al cual la elección se halla ya fijada"(43); en una palabra, "el principio de alteración se funda en el principio de continuidad"(44). Frente a Michel Bréal para quien la regularidad de la lengua no era más que una ilusión, Saussure nos presenta la lengua como un sistema homogéneo donde todos sus componentes actúan por oposición.

Los cambios lingüísticos que se producen en el dominio léxico se deben, por un lado, a transformaciones fonéticas y, por otro, a modificaciones analógicas: el primero es un factor de perturbación lingüística, mientras que la analogía es una fuerza que favorece la regularidad y "tiende a unificar los procedimientos de formación y de flexión"(45), pero "aunque no sea la analogía por sí misma un hecho de evolución, refleja de momento en momento los cambios sobrevenidos a la economía de la lengua y los consagra por medio de combinaciones nuevas. La analogía es la colaboradora eficaz de todas las fuerzas que modifican sin cesar la arquitectura de un idioma, y en ese sentido es un poderoso factor de evolución"(46). Pero la analogía no es una fuerza ciega que actúa sin condicionamiento alguno, sino que también tiene sus límites. Llevada hasta su extremo convertiría las lenguas en medios de comunicación uniformes lo que conllevaría la pobreza y monotonía lingüísticas(47). Lejos de ello, la analogía, como elemento fundamental del lenguaje, nos da la capacidad de formar nuevas palabras a partir de otras ya existentes en el sistema de la lengua así como la posibilidad de comprender y de ser entendidos por otros componentes de la comunidad lingüística. No cabe duda, pues, de que el problema de la de-

rivación hay que situarlo dentro de las creaciones analógicas como factor primordial que contribuye al proceso del desarrollo lingüístico. Por tanto, sobre la base de palabras previamente existentes en el sistema de la lengua se forman una serie de construcciones mediante la combinación de ciertos morfemas llamados afixos con el lexema que, según la posición que adopten respecto del mismo recibirán el nombre de prefijos si lo preceden: re-leer, pre-venir, etc., infijos o, según Y. Malkiel, interfijos cuando van intercalados en la palabra: /-eθ/ en piernecita y, finalmente, sufijos si la combinación con el lexema se produce en su parte final: carter-ista, fin-ura.

El sufijo, por tanto, como morfema añadido a un lexema carece de existencia propia y si vive es por la unión con el elemento que le sirve de soporte al que le puede añadir un nuevo contenido semántico. Ahora bien, frente a la lexemática que se ocupa del significado de las palabras oponiéndolo a otros significados léxicos, la gramática generativa no concibe el sufijo como algo añadido a un lexema sino que lo analiza dentro de un marco más amplio: el sintagma. Y ello es así porque para los defensores de dicha teoría lingüística el morfema léxico no tiene realidad fuera del sintagma; por tanto, el sufijo no produce cambio alguno en el lexema sino que da lugar a una transformación de una forma gramatical a otra bien diferente: narrar ----> narración, es decir, el verbo se transforma en sustantivo. En el análisis realizado por la gramática generativa se sustituye la oposición distintiva por el concepto de creación debido a una transformación. Por ello escribe L. Guilbert: "les affixes suffixaux, au contraire, impliquent une transformation dans la structure de la phrase si l'on ne considère pas la mutation accomplie

comme une simple addition ou substitution de morphème suffixal. La transformation de sincère en sincérité suppose un processus de dérivation faisant passer de deux phrases matrices: "Jean est sincère", "Ceci peut effrayer le garçon", à indicateurs différents notamment dans le syntagme verbal, à une seule phrase dont le syntagme nominal représente la transformation de la première phrase matrice: "la sincérité de Jean"; on a donc la substitution d'une seule branche de l'indicateur à deux phrases matrices préalables"(48).

Para el profesor Robins, sin embargo, "las formaciones derivadas, por definición, no incluyen directamente a la palabra en relaciones sintácticas con otros constituyentes de las frases del modo en que lo hacen las formas flexionadas. Su relevancia gramatical se basa principalmente en la clase de palabras que resulta de su uso; los miembros de las clases de palabras que resultan de la derivación tienen la misma condición gramatical, paradigmas de flexión y funciones sintácticas que los miembros no derivados o simples de la clase" (49).

El sufijo no sólo puede producir cambios en el contenido semántico del lexema convirtiéndolo en otra palabra diferente, sino que puede hacer que se transforme en otra categoría gramatical o, como las llama Robins, "derivaciones transformadoras de la clase" (50), esto es, que el adjetivo puede ser transformado en sustantivo: verde ----> verdura; alegre ----> alegrón, etc.; el sustantivo en adjetivo: ralea ----> raleón, na; el verbo en nombre: embalar ----> embalaje, etc. Para J. Dubois(51), estos sufijos reciben el nombre de categorizadores. Por el contrario, aquellos sufijos que aun modificando el contenido semántico del lexema no causan su cambio de categoría reciben el nombre de "sus-

tentadores de la clase", según Robins, no categorizadores, según la terminología empleada por Dubois. De entre ellos destacamos los sufijos aumentativos: garrafa ----> garrafón; diminutivos: casa ----> casita, etc. incluso algunos que aun actuando en ocasiones como transformadores de clase, en otras funcionan como sustentadores de clase, por ejemplo, banco ----> banqueta (sustantivo ----> sustantivo); tranvía ----> tranviario (sustantivo ----> sustantivo), etc.

Hay ocasiones, sin embargo, en que la alteración significativa del lexema se produce sin sufijo alguno, esto es, por sufijación cero. Robert Godel lo ha definido diciendo que "un signe zéro n'est pas simplement l'absence d'un signe au sens saussurien, c'est-à-dire de l'ensemble signifiant + signifié, c'est un signe implicite dont le signifié se dégage de rapports mémoriels ou discursifs, mais dont le signifiant n'admet aucune réalisation phonique"(52). Este tipo de construcción conocido por el nombre de derivación regresiva o derivación impropia da lugar, en general, a derivados postverbiales, aunque no exclusivamente: toque (tocar), costo (costar), lucha (luchar), etc. Sin embargo, tradicionalmente, sólo se ha considerado como formas de derivación las que tienen un morfema combinado a un lexema. Ahora bien, en los significantes con sufijo cero el profesor Alarcos pregunta cuál es el primitivo y cuál es el derivado en situaciones en que el sintagma sustantivo lucha así como los sintagmas verbales luchó, luchas, lucha, etc., participan del mismo lexema luch- aun cuando se tratan de unidades léxicas que pertenecen a categorías gramaticales bien diferenciadas. Lo cierto es que en estas construcciones lo que se plantea es la relación existente entre derivación y transposición. Alarcos prefiere hablar de derivación "sólo cuando las so-

dificaciones combinatorias del sintagma dependen de la presencia de otro lexema con significante explícito": entre la subida y él sube hay una relación de derivado a primitivo por la existencia del lexema de significante /id/; en tanto que entre los sintagmas la lucha y él lucha hay sólo una relación de transposición porque ambas disfrutan del mismo lexema luch-. Por consiguiente, todo sintagma que contenga un mismo lexema no es más que un "derivado" de este sintagma, de los que unos serán simples por la sola adición de morfemas: él lucha, y otros compuestos por la adición de otro lexema: luchador (53).

Los partidarios de la gramática generativa, en cambio, consideran innecesario hacer la distinción entre derivación con morfema sufijal y derivación sin él, es decir, con sufijo cero porque consideran que la derivación sufijal "consiste essentiellement dans la mutation de la catégorie grammaticale et du moment que celle-ci est accomplie selon un processus transformationnel, peu importe qu'elle soit réalisée par l'intervention d'un opérateur ou en l'absence de celui-ci, puisque l'affixe n'a que le rôle d'opérateur" (54). La sufijación, por tanto, es uno de los varios procedimientos de que hacen uso algunas lenguas para formar nuevas unidades léxicas.

Ahora bien, ¿qué se entiende por sufijo? Para Charles Bally, el sufijo consiste en un "signe qui indique dans quelle catégorie nouvelle entre tel ou tel sémantème - qui prend alors la forme d'un radical - et a pour fonction de spécifier, de déterminer cette catégorie, comme l'espèce détermine le genre" (55); para Kr. Nyrop, quien adopta la definición de Arsène Darmesteter, "le suffixe s'ajoute à un radical nominal ou verbal pour en modifier la signification par l'idée secondaire qui

lui est propre"(56). J. Dubois opina, en cambio, que aunque muchos lingüistas "ont-ils cru pouvoir limiter la définition du suffixe à celle d'un élément qui n'a pas d'existence propre en dehors du système des mots construits"(57) esta limitación es dudosa y puede ser puesta en tela de juicio si se considera desde una perspectiva histórica ya que algunos sufijos actuales fueron lexemas en sus respectivas lenguas aunque posteriormente sufrieran un proceso de gramaticalización: tal es el caso, por ejemplo, del sufijo adverbial -mente que procede de la palabra latina mens - mentis (58). Desde el punto de vista sincrónico, esta afirmación carece, en cambio, de validez. Probablemente por tener en el recuerdo lo sucedido históricamente con algunos lexemas o quizá por haber intuido la dificultad de distinguir entre el sufijo y la base mediante el criterio de la falta de autonomía léxica del sufijo, es por lo que É. Pichon considera que la sufixación "consiste à ajouter une suite phonétique appelée suffixe après le radical d'un vocable déjà existant"(59). Pavao Tekavčić considera los sufijos "come morfemi modificanti, che nell'ordine lineare seguono la basi di derivazione"(60). Definición muy aproximada es la ofrecida por Lázaro Carreter para quien el sufijo es un "morfema que, unido a una base en su parte final, forma un derivado"(61). Finalmente, para H. Marchand consiste "en un morfema ligado en el que el sintagma AB ocupa la posición B"(62), es decir, el determinado de un sintagma cuyo determinante es un morfema libre, simple o compuesto.

A pesar de las definiciones ofrecidas, creemos necesario precisar un poco más las diferencias habidas entre sufijo y desinencia para evitar confusiones entre ambos conceptos. La desinencia ocupa siempre el último lugar dentro de la cadena fónica por expresar

las oposiciones gramaticales de número, género, persona etc.,; no modifica el contenido semántico de la base y, por último, carece de la propiedad de la transposición, es decir, no puede modificar en modo alguno la categoría gramatical de la palabra. Por el contrario, el sufijo, que necesita ir ligado por carecer de existencia propia, en el orden lineal nunca está situado en el último lugar sino que se halla inserto entre la base y la desinencia, produce mudanza significativa en la base y, además, posee la capacidad de realizar la transposición categorial, lo que no significa que siempre la efectúe.

Como regla general se admite, según hemos visto, que el sufijo es un morfema carente de significado autónomo, significado que adquiere una vez unido a la base. Coseriu, sin embargo, se ve en la necesidad de realizar una serie de precisiones para aclarar aún más si cabe este concepto: no tiene duda en considerar el sufijo como un morfema falto de significado tanto en la modificación como en el desarrollo, pero no lo concibe así en lo que atañe a la composición ya que esta situación se produce por la mutua combinación de un lexema y un prolexema o elemento de naturaleza pronominal de carácter genérico 'alguien o algo', que no se puede identificar con un lexema existente en la lengua y en donde el compuesto prolexemático realiza la función de agente como en despertador o nauador, donde algo es lo que despierta y alguien el que nada(63).

Alarcos, en cambio, no comparte la idea expresada por Coseriu de considerar el prolexema como 'sujeto' del lexema porque "en el sintagma compuesto, lo que queda configurado como contenido lexemático es, según las circunstancias, un rasgo concreto sémico de esa relación"(64). Y ello porque, según su criterio, desde el punto de vista del contenido sólo el sintagma, que

consiste en el acoplamiento de un lexema y uno o varios morfemas, es un signo autónomo.

NOTAS

- 1) Cf. Arsène Darmesteter, La vie des mots étudiée dans leurs significations, Paris, Éditions ChampLibre, 1979, pág.21. (1ª edición, Paris, Librairie Delagrave, 1887).
- 2) J. Lyons, Introducción..., pág.201.
- 3) Cf. P.H. Matthews, ob. cit., pág.53.
- 4) Stephen Ullmann, Semántica. Introducción a la ciencia de la significación, Madrid, Edit.Aguilar, 1965, pág.53.
- 5) St. Ullmann, Introducción a la semántica francesa, Madrid, C.S.I.C, pág.48.
- 6) Ibidem, págs.49-50.
- 7) Cf. Eugenio Coseriu, "Pour une sémantique diachronique structurale", en Travaux de Linguistique et de Littérature, 2,1, 1964, págs.139-186. Reimpreso en E.Coseriu, "Para una semántica diacrónica estructural", Principios de semántica estructural, Madrid, Edit. Gredos, 1977, págs.25-27. Cito por la edición española. Vid. también Paul Pupier, "Léxico", en La Linguística. Guía alfabética, bajo la dirección de A. Martinet, Barcelona, Edit. Anagrama, 1972, s. v. léxico.
- 8) Cf. Rafael Seco, Manual de Gramática Española, 9ª ed. 3ª reimpresión, Madrid, Edit. Aguilar, 1971, pág.119.
- 9) Cf. Real Academia Española, Gramática de la Lengua Española, Madrid, Edit. Espasa-Calpe, 1931, págs. 129-151. Vid. asimismo Fernando Lázaro Carreter, Diccionario..., s.v. composición.
- 10) A. Martinet, Elementos..., pág.164.
- 11) Ibidem, pág.165.
- 12) Ibidem, pág.165.

- 13) G.Kassai, "Expansión, coordinación, subordinación", La Lingüística..., pág.109.
- 14) A.Martinet, "Syntagme et syntème", La Linguistique, 2, 1967, pág.14. Vid. del mismo autor Elementos..., pág.137.
- 15) Louis Guilbert, La créativité lexicale, Paris, Larousse, 1975, pág.133.
- 16) Ibidem, pág.204.
- 17) Ibidem, pág.135. Vid. también Stefan Ettinger, "Formación de palabras y fraseología en la lexicografía", La Lexicografía. De la lingüística teórica a la lexicografía práctica, Madrid, Edit. Gredos, 1982, pág.242
- 18) Cf. Hans Marchand, The Categories and Types of Present-Day English Word-Formation. A Synchronic-Diachronic Approach, 2nd ed., München, C.H.Beck's Verlag, 1969.
- 19) Fernando Lázaro Carreter, Diccionario..., s.v. fonosimbólicas.
- 20) H.Marchand, "Expansion, Transposition, and Derivation", La Linguistique, 1, 1967, pág.14. En este trabajo, el profesor Marchand hace constar que el uso del término expansión difiere del empleado por A.Martinet. Mientras éste lo considera como un elemento añadido a una construcción sintáctica que no modifica la función del elemento base, él restringe el término a la formación de palabras.
- 21) Cf. H.Marchand, The Categories..., pág.129.
- 22) Ibidem, pág.13.
- 23) Cf. H.Marchand, "Expansion, Transposition, and Derivation", La Linguistique, 1, 1967, pág.22.
- 24) Ibidem, pág.22.
- 25) Cf. H.Marchand, "Synchronic analysis and word-formation", Cahiers Ferdinand de Saussure, 1953, pág.18.

- 26) E. Coseriu, "Les structures lexématiques", en Probleme der Semantik, publ. por W.Th.Ziwert, Wiesbaden, 1968, págs.3-16. Reimpreso en E. Coseriu, "Las estructuras lexemáticas", Principios de semántica estructural, Madrid, Edit. Gredos, 1977, pág.169.
- 27) E. Coseriu, "Structure lexicale et enseignement du vocabulaire", en Actes du premier colloque international de linguistique appliquée(1964), Nancy,1966, págs.175-217. Reimpreso en E. Coseriu, "Introducción al estudio estructural del léxico", Principios..., pág.90.
- 28) Cf. E. Coseriu, "Las estructuras lexemáticas", en Principios..., pág.170.
- 29) Ibidem, pág.178.
- 30) Para la redacción de este apartado sigo fundamentalmente los artículos de E. Coseriu "Perspektiven der Wortbildungsforschung". Beiträge zum Wuppertaler Wortbildungskolloquium 9.-10. 7. 1970 (Homenaje a Hans Marchand), publ. por H.E.Brekle y D.Kastovsky, Bonn, 1977, págs.48-61. Reimpreso en E. Coseriu, "La formación de palabras desde el punto de vista del contenido. (A propósito del tipo "coupe-papier") en Gramática, semántica, universales. Estudios de Lingüística Funcional, Madrid, Edit. Gredos,1978, págs.239-264. "Las estructuras lexemáticas", en Principios..., págs.162-184, y "Bedeutung und Bezeichnung im Lichte der strukturellen Semantik", en Sprachwissenschaft und Übersetzen, publ. por P.Hartmann y H.Vernay, Munich, 1970, págs.104-121. Reimpreso en E. Coseriu, "Significado y designación a la luz de la semántica estructural", Principios..., págs.185-209.
- 31) E. Coseriu, "La formación de palabras...", en Gramática..., págs.263-264.

- 32) Ibidem, págs.253-254.
- 33) R.H. Robins, Breve Historia..., pág.30
- 34) Ibidem, pág.89.
- 35) Cf. Jacques Bourquin, La Dérivation Suffixale (théorisation et enseignement au XIX^e siècle), I, Paris, Librairie Honoré Champion, 1980, págs.1-24.
- 36) Cf. Saussure, ob. cit., pág.292.
- 37) Ibidem, pág.260.
- 38) Ibidem, pág.135.
- 39) Cf. M.Bréal, "La forme et la fonctions des mots", en Mélanges de mythologie et de linguistique. Recogido de J.Bourquin, ob. cit., II, pág.632.
- 40) Saussure, ob. cit., pág.136.
- 41) Ibidem, pág.140.
- 42) R.H. Robins, Lingüística General, pág.376.
- 43) Saussure, ob. cit., pág.139.
- 44) Ibidem, pág.140. Vid. también A.Martinet, Elementos, pág.214 y ss., y Winfred P.Lehmann, Introducción a la Lingüística Histórica, Madrid, Edit. Gredos, 1969, págs.225-244.
- 45) Ibidem, pág.261.
- 46) Ibidem, pág.275.
- 47) Cf. Michel Bréal, Essai de sémantique, Paris, Edit. Hachette, 1896, pág.77.
- 48) L. Guilbert, ob. cit., pág.161.
- 49) R.H. Robins, Lingüística General, pág.324.
- 50) Ibidem, pág.324.
- 51) Cf. J. Dubois, Étude sur la Dérivation Suffixal en Français moderne et contemporain, Paris, Larousse, 1962, pág.5. Vid. asimismo Ch. Bally, Linguistique Générale et Linguistique Française, 4^e éd., Berne, A. Francke, 1965, pág.118.
- 52) Robert Godel, "La question des signes zéro", en Cahiers Ferdinand de Saussure, 11, 1953, pág.31.

- 53) E. Alarcos Llorach, "Consideraciones sobre la formación léxica", en Berta Philologica F. Lázaro Carreter, I, 1983, págs.12-13.
- 54) L. Guilbert, ob. cit., pág.164.
- 55) Ch. Bally, ob. cit., pág.118.
- 56) Kr. Nyrop, Grammaire Historique de la Langue Française, vol.III, Paris, A.Picard, 1908, pág.36.
- 57) J.Dubois, ob. cit., pág.2.
- 58) Ibidem, pág.3.
- 59) É. Fichon, "La vitalité de la suffixation", en Française Moderne, 1938, pág.7.
- 60) Pavao Tekavčić, Grammatica storica dell'italiano, vol.III, Bologna, Edit. il Mulino, 1972, pág.23. Tekavčić distingue entre base de derivación o base y lexema. Define la base como todo segmento a que se une un sufijo (cf. ob. cit., vol.III, § 1376), en tanto que entiende por lexema todo segmento que en el orden lineal precede a los morfemas gramaticales (cf. ob. cit., vol.II, § 429).
- 61) F. Lázaro Carreter, ob. cit., s.v. sufijo.
- 62) H. Marchand, The Categories..., pág.209.
- 63) Cf. F. Coseriu, "La formación de palabras...", en Gramática..., pág.254.
- 64) E. Alarcos, "Consideraciones...", en ob. cit., pág. 12.

III. ESTADO ACTUAL DE LA CUESTIÓN

Los lingüistas de nuestros días siguen empeñados aún en la ardua y difícil tarea de hallar una definición lo más válida y general posible del concepto de palabra; sin embargo, la deseable aproximación entre las diversas teorías se ve cada vez más lejana, las diferencias se acrecientan y, debido a ello, no habrá más remedio que ir desechando la utópica idea de conseguir la unificación de dicho concepto.

Para Sorin Stati, la palabra siempre ha sido considerada como la unidad mínima de la sintaxis, aunque también es la unidad básica del léxico. Entiende por palabra "tanto un'invariante (il lessema), quanto anche le sue variante flessive ed ogni sua realizzazione individuale (allosemi)"(1). También considera fundamental la distinción entre "palabra" como nombre de un objeto, aunque dentro de este concepto se incluyen también las acciones, las cualidades, etc., y "palabra" como segmento de un enunciado. En el primer caso, es decir, como nombre de un objeto, etc., la palabra es el objeto de la lexicología aunque, como hemos dicho anteriormente, también es analizada por la sintaxis.

El término "palabra" presenta además un valor polisémico. En la oración la casa es de madera, "palabra" es cada uno de los elementos separados: la, casa, es, de, madera; en cambio, en los empresarios emplean

la palabra "flexibilizar", el término "palabra" no abarca únicamente el infinitivo, sino también todas las formas gramaticales designadas por los tiempos verbales: flexibilizaba, he flexibilizado, etc. Para evitar la ambigüedad que presenta el término palabra algunos han propuesto el nombre de lexema para la unidad léxica, y el de alolexema para las distintas formas que adopta el lexema desde un punto de vista gramatical: por ejemplo, el lexema casa tiene dos alolexemas, casa - singular - y casas - plural -. Todo lexema es, por tanto, "un conjunto de variantes gramaticales, fonéticas y semánticas" (2), y el alolexema será cada una de esas variantes. Las palabras invariables como de, en, por, y, etc. carecen de alolexemas gramaticales. De todo esto resulta "que todo enunciado está formado por una cadena de alolexemas, cada uno de los cuales pertenece a un determinado lexema" (3).

P.H. Matthews, a su vez, define la palabra como "una unidad asignable a una determinada clase y que puede tener un número específico de funciones gramaticales" (4), en tanto que Eugenio Coseriu en lugar de las definiciones modernas de "la palabra" prefiere "la definición del "nombre" formulada por Aristóteles, definición que consideramos aplicable a la "palabra" en general y que se funda en el criterio de la indivisibilidad de la palabra en cuanto signo (significante + significado):

"Ὄνομα μὲν οὖν ἐστὶ φωνὴ σημαντικὴ κατὰ συνθήκην..., ἧς μὴδὲν μέρος ἐστὶ σημαντικὸν κεχωρισμένον· ἐν γὰρ τῷ "κάλλιπος" τὸ "ἵππος" οὐδὲν αὐτὸ καθ' ἑαυτὸ σημαίνει, ὥσπερ ἐν τῷ λόγῳ τὸ "καλὸς ἵππος" (5).

Hay que señalar, sin embargo, que también hay lingüistas que no se han preocupado en absoluto del análisis de la palabra. Pike y Halliday, por ejemplo, se han desinteresado de su estudio porque la consideran como parte integrante de la sintaxis. Ellos no ven razón alguna para establecer una separación entre la morfología, que estudiaría las unidades mínimas, y la sintaxis, que estudia lo demás. Para estos lingüistas, si la morfología se ha preocupado tradicionalmente de la estructura de las palabras y la palabra no es una unidad teórica existente en sí, la distinción entre morfología y sintaxis carece de sentido(6). El profesor Matthews y otros muchos con él, no comparten este aserto.

En el recorrido histórico que hemos venido efectuando hay que reconocer que el concepto "palabra" ha sido empleado con demasiados significados bien diferentes: unas veces se ha utilizado en el sentido de conjunto de sílabas y fonemas recibiendo el nombre de palabra fonológica o forma léxica; en otros casos, se observó que la palabra era una entidad abstracta y como tal no estaba formada de elementos más pequeños; tomada en este sentido, pertenece a la articulación gramatical y sus características pueden ser de carácter sintáctico (la palabra "morir" es un verbo) o semántico ("morir" se opone significativamente a "vivir"). A esta palabra que es una unidad del léxico de una lengua se le dio el nombre de lexema. Por otro lado, se reservó el término de homonimia léxica o palabra gramatical para aquellas que presentan formas homónimas ("vino" sustantivo y "vino" perfecto simple del verbo venir). A tenor de lo descrito, podemos observar que la palabra ha sido analizada desde distintos niveles: fonológico y ortográfico (forma léxica), gramatical (la palabra) y, por último, desde el punto de vista léxico (lexema)(7). De ahí que

los lingüistas, o al menos muchos de ellos, distinguan entre fonología, morfología, sintaxis y semántica, aun cuando conviene señalar al respecto de dicha división que, en general, se acepta la terminología empleada aunque muchos no apliquen el término morfología y su contenido lo distribuyan entre la fonología y la sintaxis.

En el léxico de una lengua - entendiendo por ello el conjunto de palabras que hacen referencia a la realidad expresada mediante el lenguaje - Coseriu distingue tres clases de palabras: lexemáticas, categoremáticas y morfemáticas. Las palabras lexemáticas representan la realidad extralingüística: niño, resplandor, atardecer, serpiente, blanco, etc. Las categoremáticas ("pronombres") expresan las estructuras que presentan la realidad extralingüística - indican, por tanto, si se presentan bajo la forma de sustantivos, verbos, adjetivos, etc.-. Las palabras morfemáticas (o "instrumentales"), finalmente, se emplean para relacionar unas palabras con otras en la estructuración del hablar: y, so, bre, no, pero, etc... De esta triple división, sólo las palabras lexemáticas pertenecen al léxico y, por tanto, al objeto de la lexicología(8). Y la lexicología "es y debe ser semántica en la medida en que estudia y describe el lado semántico del léxico, o sea, los significados específicamente léxicos, lo cual constituye, a su vez, su tarea primordial"(9).

A través de la historia de nuestra lengua, muchos han sido los autores que bien de forma parcial o global se han preocupado de estudiar el proceso de formación de palabras. De entre ellos, es insoslayable iniciar la andadura con Antonio de Nebrija por ser el primero en abordar el análisis de esta cuestión. A. de Nebrija, en su Gramática de la Lengua Castellana, trata de los nombres derivados entre los que incluye los "patronímicos, possessivos, diminutivos, aumentativos, comparativos, denominativos, verbales, participiales, adverbiales"(10). Define el diminutivo como "aquél que significa disminución del principal de donde se deriva; como de ombre, ombrecillo, que quiere dezir pequeño ombre..."(11).

Frente a la idea expresada por el diminutivo observa Nebrija la falta en nuestra lengua, de igual forma que en latín, griego y hebreo, de un nombre que exprese la idea contraria: a ese nuevo concepto lo llamará aumentativo: "i porque este género de nombres aún no tiene nombre, osemos le nombrar aumentativo, por que por él acrecentamos alguna cosa sobre el nombre principal de donde se deriva; como de ombre, omtrazo; de muger, mugeraza"(12). Pero Nebrija no sólo señala como característica de esa terminación su mayor tamaño, sino que también acierta a mostrarnos otros valores significativos como los de "loor o vituperio": "Destos, a las vezes usamos en señal de loor, como diziendo es una mugeraza, por que abulta mucho; a las vezes, en señal de vituperio, como diziendo es un cavallazo, por que tiene alguna cosa allende la hermosura natural i tamaño de caballo..."(13). En otros casos, nos presenta unos ejemplos que, analizados desde la perspectiva actual, no se adecuan totalmente con el origen que les atribuye a la vez que carecen de los valores significativos que les

asigna. Tal es el caso del nombre que llama possessivo "que vale tanto como el genitivo de su principal, i significa alguna cosa de las que se poseen, como de Sevilla, sevillano; de cielo, celestial"(14). Lo mismo podemos indicar del nombre verbal o nombre que deriva de un verbo como amor de amar; del participial o nombre procedente de un participio como los casos de doctor o lection que los deriva de docto y leído, respectivamente(15).

Durante mucho tiempo prevalecerán las ideas sostenidas por la indiscutible autoridad de Nebrija y, por tanto, los conceptos de diminutivo y aumentativo no experimentarán alteración alguna(16). Entrado el siglo XVII, Gonzalo de Correas trazará nuevos derroteros en el estudio de formación de palabras al señalar cómo los sufijos -ino, -aje y -ete, contienen también la idea de pequeñez, cosa que no había sido señalada anteriormente, y cómo estos sufijos se unen tanto a sustantivos como a adjetivos. Del sufijo -aje añade además que encierra un valor colectivo al afirmar que "plumaje significa también copia de plumas". En el siglo XVIII se funda la Real Academia Española y sus doctos gramáticos vuelven de nuevo sus ojos a los orígenes de los sufijos, esto es, centran su estudio en los aumentativos (on, ote, oso), los diminutivos (ito, ico, illo, uelo) y los colectivos(17). La cuarta edición de la gramática de la Real Academia Española añadía poco más a lo ya reseñado en 1772, a saber: que junto a los diminutivos tradicionales (ito, ico, illo, uelo) "se hallan, aunque con menos frecuencia, algunos diminutivos en -ete, como: de calvo, calvete: de mozo, mozalvete. Algunos en in, como: de espada, espadín: de peluca, peluquin: y algunos en ejo, como: de animal, animalejo: de caudal, caudalejo: de ovillo, ovillejo: y también en on, como de Ansar,

Ansaron"(18). Paulatinamente se iban ampliando no sólo los nuevos valores que presentaban algunos sufijos ya estudiados, sino también la nómina de los mismos.

En el siglo XIX uno de los gramáticos más relevantes será, sin ningún género de duda, Vicente Salvá. En su gramática, cuando habla de los derivados aumentativos señala que aunque indican aumento "lo general es usarlos en sentido de menosprecio, burla ó enojo" (19). Sobre los diminutivos escribe: "con los diminutivos espresamos ora la ternura, ora el cariño, ora la compasion, ora el desprecio que nos inspiran los objetos..."(20); palabras que recuerdan, como oportunamente señala Emilio Náñez, la fuente en que probablemente se inspiró Amado Alonso para escribir su magistral estudio de los diminutivos. Pero Salvá no se detiene sólo en precisar aún más si cabe los significados que pueden contener los sufijos designados en un primer momento como aumentativos y diminutivos, sino que también se detiene en el análisis de los sufijos ada, ato, co, ante, or, ario, etc., señalando los valores que presentan.

En las Apuntaciones Críticas sobre el lenguaje bogotano, Rufino José Cuervo examinará con cierto detenimiento los sustantivos, adjetivos y verbos formados por medio de sufijos. En el capítulo titulado Voces nuevas hace una serie de precisiones y observaciones sobre algunos sufijos comparando el uso que de ellos hacen los hispanoamericanos - en este caso colombianos - y los españoles, así como de la mayor coherencia que muestran los primeros con el sistema de la lengua(21).

En 1920 se publica la obra de José Alemany Belufer Tratado de la formación de palabras en lengua castellana. La derivación y la composición. Estudios de los sufijos y prefijos empleados en una y otra, que

previamente había sido publicado en el Boletín de la Real Academia entre los años 1917 y 1919 con el título "Tratado de la derivación y composición de las palabras de la lengua castellana". En este trabajo, el profesor Alemany realiza un exhaustivo estudio de los medios que emplea la lengua para la formación de palabras. Advier- te, sin embargo, que "sólo debiéramos considerar como voces derivadas en nuestra lengua, las que ella haya formado; como abaleador, derivado de abalear..., y no las que ha recibido formadas ya del latín, como creador de creatorem. Pero la Gramática considera como tales a todas las que tengan en nuestra lengua el primitivo del que pueden derivarse, y tiene por derivada la voz crea- dor sólo porque la lengua tiene el verbo crear"(22). Y aclara que, aunque no sea un procedimiento científico, al menos es práctico y útil para los que no saben latín.

Nuevas perspectivas ofrece Amado Alonso(23) cuando estudia los diminutivos desde una perspectiva di- ferente a la tradicional, esto es, desde un punto de vista estilístico. González Ollé(24) se detiene en el estudio de los valores que ofrecen los diminutivos en la época medieval, analizando no sólo las fuentes lite- rarias castellanas hasta el siglo XV sino también las fuentes no literarias: colecciones diplomáticas, inven- tarios, glosarios, etc. Félix Monge, en varios artícu- los, examinará con detalle un conjunto de sufijos en- marcados dentro de un campo léxico concreto dentro de nuestro sistema lingüístico. En primer lugar, se detie- ne en el estudio de los sufijos que en español originan nombres de acción al tiempo que señala no sólo la exten- sión sino también la vitalidad de los mismos(25). En otro, examina aquellos sufijos especializados en nues- tra lengua en designar el concepto de 'golpe'(26).

Eugenio Martínez Celdrán estudia los sufijos nominalizadores en español empleando el método transformacional con el fin de observar el funcionamiento de los mismos desde el punto de vista fonológico, morfológico y sintáctico. Desde el criterio fonológico observa la importancia de la vocal temática en nuestra lengua que evita la unión de varias consonantes, hecho que no puede suceder en nuestro sistema lingüístico. Desde la perspectiva morfológica asigna a cada morfema los morfos correspondientes y, finalmente, desde el criterio sintáctico destaca estos sufijos como nominalizadores de verbos y adjetivos(27). Jesús Pena hace un detenido análisis de la derivación verbal y de la formación de sustantivos verbales en latín y en español indicando los sufijos que forman preferentemente unos y otros derivados, así como los sufijos latinos que muestran una mayor o menor actividad en la formación de nuevas palabras en nuestra lengua(28).

Anthony Gooch(29) nos presenta una cumplida exposición de los sufijos aumentativos, diminutivos y peyorativos que ofrece nuestra lengua, extraídos fundamentalmente de obras literarias. Al mismo tiempo describe qué sufijos se unen a las diferentes partes de la oración originando con ello un cambio de significado en las palabras primitivas e incluso cómo algunas se especializan con el concurso de determinados sufijos. Finalmente, Ricardo A. Narváez(30) describe cómo se forman las palabras en español por medio de la prefijación, sufijación, composición y parasíntesis. Ciéndonos a la sufijación, el autor señala qué sufijos se unen a los sustantivos, a los adjetivos y a los verbos para después indicar qué valores presentan cada uno de ellos.

Algunos autores sostienen que, en español, el sufijo en ocasiones no se une directamente al lexema sino que la fusión se produce gracias a un elemento intercalado entre ambos, al que Yakov Malkiel llama interfijo. Para el profesor Malkiel el interfijo es "un elemento que consta en general de dos fonemas, una vocal seguida de una consonante (-al-, -an-, -ar-, -er-, -ez-il-, -ul-); existe una minoría de interfijos unifonemáticos (-l-, -n-, -r-, -z-, haciendo caso omiso de la -f- por lo dudosa y de -t- por lo rara) y hay unos pocos y de uso muy limitado compuestos de una vocal y de dos consonantes seguidas casi homorgánicas (-and-, -est-) (31). Ahora bien, en el supuesto de que el interfijo exista, hemos de ver cómo actúa o, por decirlo de otra forma, si se ha de considerar como verdadero morfema o, por el contrario, no hay que valorarlo como tal. El mismo Malkiel responde a ello afirmando que cualquiera rechazaría considerarlo como morfema porque es un elemento "falto de valor semántico o gramatical autónomo". A pesar de ello considera que es necesario interpretarlo como morfema porque, de no ser así, la eliminación de un interfijo conllevaría un aumento considerable de sufijos a los que llama "compuestos" como, por ejemplo, -aracho (en vez de -acho), -arada (en lugar de -ada), etc., aumento que él, por supuesto, no acepta. En estas circunstancias se pregunta: "¿no resultaría más práctico transigir con la definición rígida del morfema, aplicando tal término no sólo a la unidad mínima (gramatical, o léxica y gramatical, según la tendencia de cada escuela estructuralista) cargada de significado propio, sino también al segmento de una palabra semánticamente vacío y gramaticalmente las más veces inactivo que queda después de restados los otros morfemas?" (32).

A este interrogante, lo mismo que a otras cuestiones que plantea el autor del, por otra parte, magnífico trabajo citado contestará el profesor F. Lázaro Carreter en un sugestivo artículo titulado "¿Consonantes antiniáticas en español?". El profesor Lázaro, en primer lugar, pone en tela de juicio la existencia de tales interfijos unifonemáticos citados por Malkiel como algo propio de nuestra lengua y llega a la siguiente conclusión, que, por lo interesante, reflejaré casi en su totalidad: "los casos aportados por Malkiel se deben a préstamos o a muy directas analogías estereotípicas; algunas de las voces así introducidas o formadas, han dado lugar a radicales de primer grado (cafet-o, so sel-e), en los que no hay una consonante antiniática propiamente dicha, ni por su origen ni por su función actual. Tampoco existen sílabas que desempeñen misiones puramente eufónicas; estas son verdaderos interfijos, y, como tales, dotados de actividad gramatical. Si un análisis que imponga a ultranza la "economía del inventario", insiste en cortes como cafe-t-ería o santa-fe-r-eño, le será lícito hablar de consonantes antiniáticas solo a condición de que renuncie a clasificarlas como morfemas; para ellas parecen inventados los términos de 'no morfélicas' o 'morfélicamente irrelevantes' que acuñó Hockett" (33). Lázaro acepta la noción de interfijo, pero rechaza sin ambages la necesaria existencia del llamado interfijo unifonemático.

Hans Marchand define el derivado como un sintagma formado por un determinante y un determinado. Basándose en la noción de determinado - elemento dominante de un sintagma del que indica su categoría gramatical y léxica - clasifica las cinco categorías de formación de palabras, esto es, composición, prefijación, sufijación, derivación cero y derivación inversa o re-

trógrada, en dos grupos, a saber: el primero estaría formado por expansiones o formaciones cuyo determinado consta de un morfema libre, en tanto que el segundo grupo lo formarían las derivaciones o aquellas construcciones cuyo determinado es un morfema ligado. El grupo formado por expansión comprende los compuestos y las formaciones mediante prefijo, en tanto que el de la derivación abarca la derivación mediante sufijo, derivación cero y la derivación inversa.

Para el autor, el término expansión indica que las palabras surgidas de una o varias unidades léxicas pertenecen a la misma clase de palabra y clase léxica que la palabra de la que provienen, es decir, un sustantivo da lugar a otro sustantivo, el verbo generará otro verbo, etc. En la derivación, en cambio, no se puede hablar de adecuación entre el determinado y el sintagma por lo que respecta a la clase de palabras debido al hecho de que los morfemas ligados, que carecen de existencia propia, no pertenecen a ninguna clase de palabras. En su obra, donde la noción de sintagma es fundamental, establece o encuentra una correspondencia e incluso una semejanza entre los sintagmas morfológicos y sintácticos, lo que le da pie a reducir las palabras compuestas a frases subyacentes en las que se establecen las mismas relaciones que entre los constituyentes de las unidades compuestas. Sin embargo, hay que hacer constar que su estudio sobre formación de palabras se centra y ocupa de las unidades morfológicas y no de las unidades sintácticas.

Ahora bien, su intento de explicar los compuestos y reducirlos a oraciones no se basa en el significado sino, como afirma Coseriu, en la designación. Por ello, cuando H. Marchand reduce las construcciones compuestas a oraciones, como por ejemplo, spending mo-

ney 'dinero para gastos personales' a We spend money 'gastamos dinero' lo que hace es forzar y quebrantar la unidad del compuesto hasta el punto de hacerle perder su unidad significativa porque establece entre sus componentes una relación de carácter concreto cuando, en realidad, desde la perspectiva del significado, no cabe duda que dicha relación debe ser abstracta.

Del mismo modo estudia las construcciones con prefijo (prevenir, convencer) dentro de la composición a pesar de que este tipo de formaciones actúan de la misma manera que los colectivos, los aumentativos, los diminutivos, etc, que, en cambio, son incluidos dentro de las derivaciones.

Para Eugenio Coseriu no cabe ninguna duda de que "la tarea fundamental de la lexemática en cuanto disciplina estructural descriptiva consiste en deslindar dentro de las lenguas funcionales y describir de manera sistemática y exhaustiva la paradigmática y sintagmática del vocabulario en el plano del contenido. Su especificidad frente al estudio funcional de las lenguas en general resulta de lo específico de las estructuras paradigmáticas y sintagmáticas"(34). Como se ha expuesto anteriormente, desde el punto de vista del contenido se pueden distinguir tres procedimientos para la formación de palabras "de acuerdo con dos criterios que se entrecruzan, a saber: según que la gramaticalización implícita afecte a un solo elemento o a dos en la base de la formación ("modificación" y "desarrollo", por un lado, "composición", por el otro), y según que la gramaticalización corresponda a una función inactual ("no semejante a una función oracional") o a una función actual ("semejante a una función oracional")(lo que distingue la "modificación" del "desarrollo")(35).

En la modificación, según acabamos de mencionar, se da una determinación gramatical "inactual" (del tipo del género o del número), es decir, corresponde la modificación "a una determinación que no implica una función oracional del lexema modificado; éste es el caso, entre otros, de los diminutivos, de los colectivos y de los verbos formados con prefijos"(36). Los lexemas formados por modificación pertenecen siempre a la misma categoría verbal de las bases respectivas, esto es, los sustantivos dan lugar a nuevos sustantivos: árbol ----> arboleda, los verbos, a su vez, generan verbos: llorar ----> lloriquear, ver ----> prever, etc., y ello porque su función gramatical es inactual, o sea, es una función que afecta a los lexemas como elementos independientes en la lengua y no en cuanto miembros de una oración.

En las estructuras de desarrollo " se da una determinación gramatical que implica una función oracional; así, por ejemplo, esp. belleza, riqueza, llegada implican la función predicativa de los lexemas bello, rico, llegar que les sirven de base (aunque no implican oraciones concretas como María es bella, Juan llega, pues la persona, el tiempo y el modo no están dados en estos desarrollos)"(37). Por otro lado, en las estructuras de desarrollo donde los lexemas son miembros de un sintagma o de una oración, la categoría verbal de los nuevos elementos es diferente de las bases de donde provienen y así podemos ver que los verbos dan lugar a sustantivos: llegar ----> llegada, de adjetivos pueden surgir sustantivos: bello ----> belleza, etc. La existencia "del desarrollo en serie como procedimiento permite que se salten etapas, es decir, que se creen términos sucesivos sin que el término implicado anterior exista efectivamente en la norma de la lengua"(38): desdicha ----> desdichar ----> desdichado; canalla ----> canallar ---->

canallada; viña ----> viñer ----> viñador; como podemos observar los verbos desajichar, canallar y viñar carecen de existencia en la norma lingüística española.

Las dos estructuras descritas, la modificación y el desarrollo, pueden incluso combinarse entre sí: pasear ----> paseo (desarrollo)----> paseito (modificación); en barco ----> embarcar (desarrollo)----> de sembarcar (modificación).

Las estructuras de composición, que implican la presencia de dos elementos en la base relacionados entre sí por una determinación gramatical, pueden ser de dos tipos: prolexemática y lexemática. Es prolexemática o genérica si una de las unidades que componen la base es de naturaleza pronominal, esto es, un "prolexema"; por ejemplo, "elemento sustantivo-pronominal genérico" como 'alguien' o 'algo' + domar ----> domador. En cambio, será lexemática si ambos elementos son lexemas: sacacorchos, matasiete, etc., en donde apreciamos que sacacorchos significa "algo que sirve para sacar corchos", es decir, es una paráfrasis de una composición prolexemática del tipo domador, matador, sacador, etc. Este tipo de composición consiste en la combinación de una composición prolexemática con otra lexemática y su particularidad radica en que el compuesto prolexemático de este tipo de composición carece de sufijos(39). Hay que señalar también que la categoría verbal de los compuestos es siempre la de los lexemas o prolexemas que entran a formar parte de las estructuras de composición.

La composición prolexemática así como la modificación y el desarrollo entrarían de lleno en lo que la tradición ha llamado "derivación". La composición lexemática, por otro lado, corresponde a lo que tradicionalmente es conocido por "composición" "a excepción, no

obstante, de la llamada "composición verbal", a la que nosotros consideramos como un tipo de modificación"(40).

En el transcurso de los años sesenta una nueva disciplina elaborada por Eugenio Coseriu irrumpe en el terreno lingüístico ofreciendo nuevas perspectivas a la investigación: la lexemática o estudio funcional del vocabulario, que indagará sobre el contenido léxico de las lenguas, es decir, sobre el significado léxico. Para Coseriu, "la lexemática se ocupa únicamente - o, al menos en primer lugar - del significado (contenido de lengua) como tal, es decir que no estudia el significado en el discurso o texto"(41).

El contenido teórico de la nueva disciplina, disperso en las más variadas revistas, ha sido recopilado en su mayor parte en Principios de semántica estructural, Madrid, Edit. Gredos, 1977, así como en Gramática, semántica, universales, Madrid, Edit. Gredos, 1978.

Junto al profesor Coseriu, hay que destacar como defensor e impulsor de la nueva disciplina a Horst Geckeler. Su obra Semántica estructural y teoría del campo léxico, Madrid, Edit. Gredos, 1976, aun sin tratar de la formación de palabras, me ha sido de gran provecho por aclarar y precisar algunos conceptos que no acertaba a ver con claridad. El mismo autor, Geckeler, esta vez en colaboración con su maestro E. Coseriu, publica "Linguistics and Semantics-Linguistic, especially Functional, Semantics", en Th.A. Sebeok(ed.), Current Trends in Linguistics, v.12, 1974, donde nos ofrecen una visión global de los estudios lexemáticos, estudios que pueden completarse con el trabajo "Progrès et stagnation en sémantique structurale", elaborado en esta ocasión sólo por H. Geckeler, y publicado en Mélanges E. Coseriu, 1981, con motivo del homenaje tributado al

maestro. En él nos presenta de forma aún más actualizada los avances y retrocesos habidos en la nueva disciplina, así como los problemas que plantea la lexemática y que aún están por resolver. Del mismo autor es "Le problème des lacunes linguistiques" publicada en Cahiers de Lexicologie, 1974, donde nos ofrece un análisis parcial de las famosas 'lagunas lingüísticas' de Coseriu en una serie de lenguas.

Otros autores que de una u otra forma han abordado el problema de las 'lagunas lingüísticas' son: Jan-Jaroslav Šabršula "Les 'lacunes' dans la langue et dans la parole", Mélanges E. Coseriu, 1981, y R. Zimmer "Contribution à la théorie des lacunes linguistiques", Folia Linguistica, 11.

Para la catalogación y estructuración del contenido semántico que presentan los sufijos me he valido de múltiples obras y artículos que de una u otra forma abordan tal división. Soy consciente también de no haber manejado algunos trabajos que podrían añadir o eliminar algún matiz diferenciador, aunque sin llegar a alterar en gran medida la división establecida.

A continuación, analizaremos algunas obras y artículos que, bien de forma general, bien parcialmente, versan sobre la sufijación.

Rufino José Cuervo, en Apuntaciones Críticas sobre el Lenguaje Bogotano, hace una serie de valoraciones sobre diferentes aspectos de la lengua española tomando como punto de partida las características apreciadas en un habla local: el de la ciudad de Bogotá.

En el capítulo denominado Voces nuevas (Acción psicológica) afirma: "Entre las palabras que están íntimamente enlazadas en nuestro entendimiento, ocupan puesto principal las que tienen un elemento formativo

común; elemento que puede ser final (sufijo) o inicial (prefijo)" (42). Debido a ello realiza una serie de observaciones sobre un conjunto de sufijos señalando los valores semánticos que presentan, la forma de realizar la sufijación en España e Hispanoamérica, etc. Es un trabajo realizado desde una perspectiva tradicional.

José Alemany Bolufer publica en el Boletín de la Real Academia Española durante los años 1917-1919 el "Tratado de la derivación y composición de las palabras de la lengua castellana". Es un trabajo donde estudia los medios de que se sirve nuestra lengua para formar nuevas palabras: prefijación, composición, sufijación, etc. Analiza todos los prefijos y sufijos existentes en la lengua así como los tipos de composición: sustantivos y adjetivos, verbos y sustantivos, etc. Ciñéndonos en concreto a la sufijación observamos cómo Alemany se detiene en señalar el tipo de acentuación que tienen, es decir, si son oxítonos o paroxítonos; si la procedencia de los sufijos es latina o, por el contrario, se deben a préstamos de otras lenguas extranjeras, los tipos de derivados que forman así como lo que denotan cada uno de ellos: dignidad, acción, agente, etc.

Hay que hacer constar, sin embargo, que mientras en el siglo XIX numerosos estudiosos del lenguaje de Alemania, Francia, así como de otros países, ya se habían adherido a las nuevas tendencias historicistas en boga por esos años, tanto en España como en Hispanoamérica, en general, se continúa con los estudios gramaticales de carácter tradicional descriptivo. Lo mismo sucede con aquellos españoles que, como Vicente Salvá, por ejemplo, publican fuera de nuestras fronteras. Sin embargo, no se desconocen las nuevas tendencias lingüísticas y buena prueba de ello es el Estudio elemental de gramática histórica de la lengua castellana que el mis-

mo J. Alemany publica en 1902.

El "Tratado de la derivación y composición de las palabras de la lengua castellana", considerado en su conjunto, no ha sido aún superado. Otra cosa es si se analiza parcialmente; en este sentido es un trabajo anticuado, aunque sin duda aportará orientación precisa a todo el que se dedique a estos menesteres.

El trabajo lo realiza desde una perspectiva diacrónica por cuanto estudia el origen de los sufijos, los valores que tenían en latín, etc., para detenerse posteriormente en los significados que presentan en nuestra lengua, a qué clase gramatical se unen y la vitalidad que poseen. Examina los sufijos siguiendo el orden alfabético - algo común entre los historicistas - mezclando lo sincrónico y lo diacrónico al tiempo que estudia no sólo los sufijos sino también sus variantes como si fueran formantes independientes. Como bien afirma Martínez Celdrán, Alemany "en su descripción de cada diminutivo comienza sistemáticamente hablando del origen histórico del sufijo, para pasar luego a las formaciones sintácticas a que da lugar en castellano, cuestión puramente sincrónica"(43).

Al margen del estudio, sorprende un aserto que vierte Martínez Celdrán cuando al tratar de justificar de alguna forma la persistente interpolación del método sincrónico y diacrónico en la obra de J. Alemany escribe: "Claro está que debemos tener en cuenta el hecho de que Alemany escribió su libro en 1920 cuando comenzaba la nueva orientación lingüística en otros países, mientras en España aún faltarían muchos años para que se tuviese noción de ella"(44). Tales palabras ofrecen una aseveración falsa y totalmente arbitraria por cuanto el Dr. Alemany Bolufer en el año 1902 - idiecio años antes de escribir el libro!- había publicado

una obra titulada Estudio elemental de gramática histórica de la lengua castellana, I, Fonología y Morfología. II, Trozos de autores castellanos anteriores al siglo XV, Madrid, 1902(45), y que ya en 1921 había alcanzado la 5ª edición. Creo, por tanto, que no hay que confundir el conocimiento de las tendencias lingüísticas imperantes en ese momento con su aplicación en los planes de estudio universitarios, hecho que, en este caso, tampoco se cumple.

La Real Academia Española no abordará de forma global el estudio de formación de palabras hasta el año 1920 en que añadirá un capítulo especial para tratar de la derivación, composición y parasíntesis. A partir de esa fecha no faltará el capítulo sobre la formación de palabras. La Gramática de la Lengua Española, Madrid, Edit. Espasa-Calpe, 1931, aparece dividida en cuatro partes: analogía, sintaxis, prosodia y ortografía. En el apartado correspondiente a la analogía se analiza el procedimiento de formación de palabras explicando en qué consiste la derivación, la composición y la parasíntesis. En el primer caso, se habla de dos tipos de derivados: los que hemos recibido ya formados de lenguas como latín o griego o bien aquellas otras que son formaciones españolas. Procedentes del latín son palabras como abdicación o hijastro que derivan de abdicationem y filiastrum, en tanto que apreciación o camastro son formaciones que nuestra lengua ha derivado de apreciar y cama, respectivamente. La obra señala que en muchos casos en que no pueda apreciarse si el derivado es latino o castellano habrá que recurrir al uso del Diccionario que nos indicará su etimología.

En la Gramática se habla también de derivación erudita como populacho - procedente del latín populus -

y vulgar - poblacho derivado de pueblo -; de sufijos cultos como ario - campanario - por conservar en castellano su forma latina o de sufijos vulgares como ero - campanero - procedente del latín ario. Tras esta explicación pasa al estudio de la derivación nominal y verbal señalando en el primer caso qué sufijos tóricos se usan en la formación de nombres y adjetivos así como los valores que presentan.

En la composición se explican las condiciones que deben reunir las diferentes palabras para ser consideradas formas compuestas así como los elementos que las integran: adjetivos - agridulce -, sustantivos - ca-satienda -, verbos - vaivén -, prefijo y adjetivo - in-expresivo -, una oración - bienmesabe -, etc.; la clase de palabras a la que pertenece el compuesto: sustantivo - bocacalle -, pronombre - cualquiera -, etc.; formación del plural, la forma en que los diferentes elementos del compuesto se fusionan según las distintas maneras o modos como pueden unirse en la sintaxis: por concordancia - camposanto -, aposición - casatienda -, etc.

De la parasíntesis se habla como de un procedimiento de formación de palabras que da lugar a sustantivos, adjetivos y rara vez verbos. Procede de la fusión de los dos procedimientos antes descritos y forma derivados y compuestos a la vez: ropavejero - ropa + viejo + -ero -; machiembrar - macho + hembra + -ar -.

La gramática de la Academia - que continúa las directrices empujadas de la teoría tradicional de carácter descriptivo - confunde y mezcla los procedimientos de formación de palabras porque se atiende principalmente al aspecto formal en vez de ceñirse única y exclusivamente al contenido, según afirman los seguidores de la lexemática: la prefijación, por ejemplo, se

encuentra incluida en la composición por el hecho de estar formada por dos elementos que pueden existir como formas independientes. La composición de que se habla es la integrada por dos lexemas, en tanto que la que Coseriu llama prolexemática se encuentra contenida en la derivación. Al mismo tiempo, se considera la derivación como una mera unión de unidades léxicas simples con terminaciones a las que se da el nombre de sufijos. Tomado en este sentido parece que se tiene al sufijo como agente de sufijación - o de composición en el caso del prefijo -, cuando ambos carecen de existencia autónoma y su razón de ser reside en la fusión con la palabra plena(46).

Obra de singular importancia es la del profesor Fernando González Ollé, Los sufijos diminutivos en castellano medieval, Madrid, C.S.I.C., 1962.

El título que el autor da a la obra precisa el ámbito en el que desarrolla su investigación. Para su realización, González Ollé utiliza tanto fuentes literarias como no literarias; entre las primeras, examina la literatura hispanoárabe para continuar con la literatura castellana propiamente dicha de los siglos XII al XV. Dentro de las fuentes no literarias estudia las fuentes hispanoárabes, las colecciones diplomáticas, inventarios, obras lexicográficas y gramaticales, etc. Lleva a cabo un riguroso estudio morfológico de los sufijos comenzando por los usos que dichos sufijos tienen en los textos latinos que aporta para continuar señalando el valor o valores semánticos que presentan en el castellano de la época en que centra su estudio. Posteriormente analiza la sintaxis de los mismos, su estilo, la derivación, etc., para concluir con el examen del origen y la historia de los sufijos diminutivos.

Advierte también que el sufijo diminutivo no puede incluirse dentro de la derivación en tanto que no modifica el contenido semántico de la palabra a la que se une. Por esta causa, a la sufijación diminutiva la sitúa dentro de lo que Trögeby llama derivación homogénea. Sin embargo, a partir de la función diminutiva el sufijo también puede realizar la derivación heterogénea en cuanto que modifica la clase de la raíz(47).

González Ollé sostiene que el sufijo diminutivo presenta un valor nocional de aminoración objetiva aunque en los diminutivos medievales es la función expresiva la más frecuente(48). En esto, como vemos, se aparta de la idea sustentada por Amador Alonso para quien el valor expresivo era el fundamental, idea sostenida hoy por Félix Monge(49). Coseriu, en cambio, sostiene que la "aminoración objetiva" es el valor básico del diminutivo aunque la función expresiva sea en los textos más frecuente; sin embargo, aunque ello sea así, no es la función básica y constante de los sufijos diminutivos(50).

En la obra, inestimable por todos los conceptos, el autor nos presenta un estudio diacrónico sobre una parcela muy concreta del léxico medieval.

Aunque de forma breve, haré también referencia a una serie de artículos que me han servido de orientación a la hora de elaborar el presente trabajo. Entre ellos he de mencionar por la gran ayuda prestada "Los nombres de acción en español", publicado en Actele celui de -al XII- lea Congres International de Lingvistică și Filologie Romanică, vol. I, 1965; "Sufijos españoles para la designación de 'golpe'" recogido en el Homenaje a Francisco Ynduráin, 1972 y "-Ción, -sión, -zón y -ón: función y forma de los sufijos" en Estudios de

cidos a Emilio Alarcos Llorach, II, 1977, todos ellos pertenecientes al profesor Mélix Monge.

En el artículo "Sufijos españoles para la designación de 'golpe'", aborda el análisis de los formantes que en nuestra lengua se usan para la designación de tal acto, con la apostilla, que precisa aún más, de 'golpe dado con'. En este caso, se detiene en el estudio de los sufijos -ada, -ón y -azo indicando las relaciones que hay entre ellos y cómo paulatinamente -ada, muy fecundo en la época medieval, va viendo mermada su función por el avance arrollador de -ón mucho más productivo en la actualidad. Expone brevemente el origen y función en latín del sufijo -ada y se detiene de forma más pormenorizada en señalar las diversas funciones que desarrolla en la actualidad a pesar de las limitaciones impuestas por otros sufijos que van cubriendo el espacio antes ocupado sólo por él.

Igual que con el sufijo comentado realiza con -ón al hablar de su vitalidad y uso actuales, función que cumplía en latín y cómo nuestra lengua ha desarrollado aún más valores, con qué clase de palabras se forma, etc. En lo que respecta a -azo, alude a la clase de palabras a la que se une preferentemente para formar derivados, las funciones que desempeña, la competencia con -ón y -ada, etc.

En "Los nombres de acción en español" amplía el análisis de los formantes al hacerlo extensivo a formas postverbiales y participiales, por ejemplo, además de otros sufijos (-dura, -miento, -ción, -aje, etc.) y se detiene en el examen de lo que es una constante en este tipo de trabajos: origen, valores semánticos que ofrecen, vitalidad de los sufijos, interferencias significativas con otros, etc.